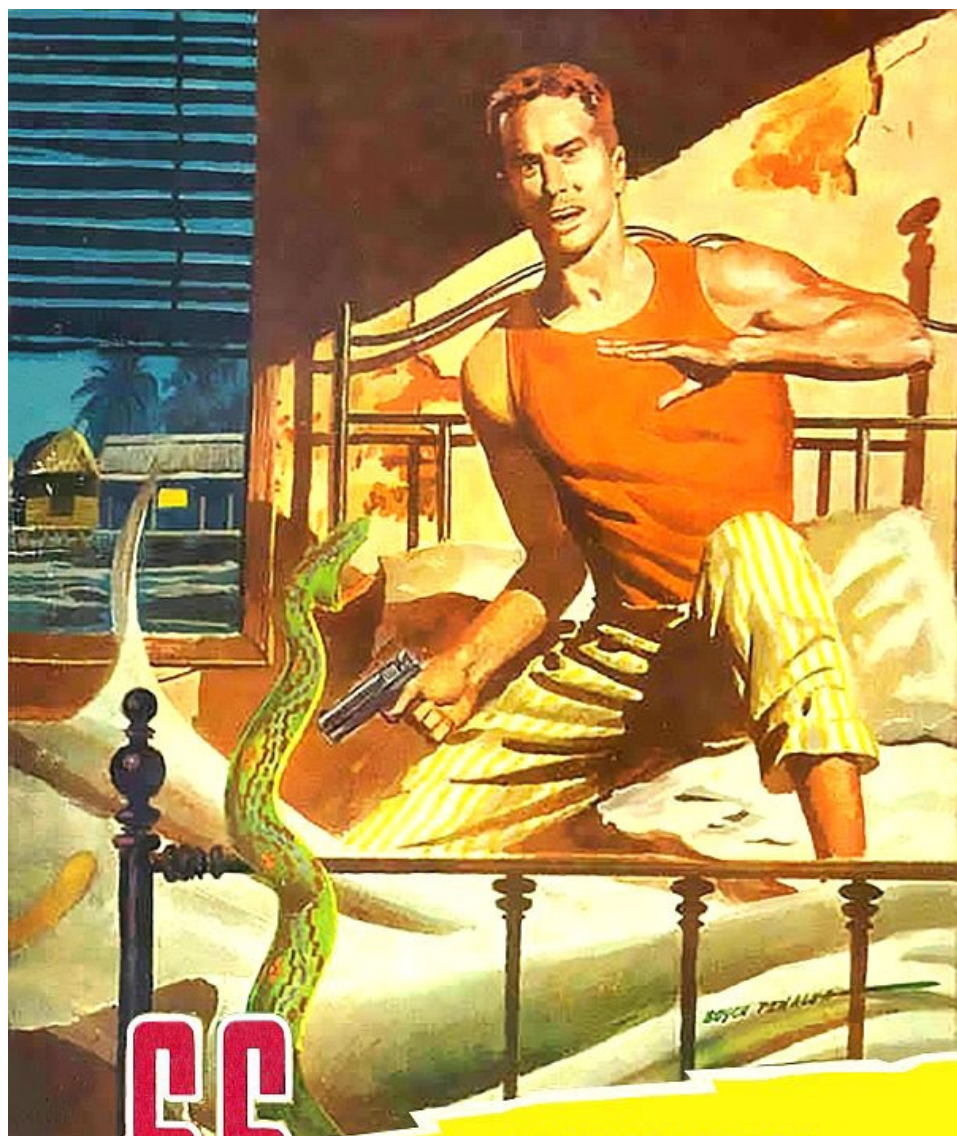




SS

**SERVICIO
SECRETO**

MARK HALLORAN
**CHA CHA
CHA**



El bimotor «Martín» de pasajeros había rociado a lo largo de la única pista del aeropuerto y ahora estaba parado frente a la estación. Detrás de éste parecía como si ya comenzase la, manigua tropical, pues una masa de vegetación esplendorosa, con el plumero de las palmeras como remate, asomaba por encima de la techumbre. El campo era pequeño; difícilmente hubiera podido un tetramotor aterrizar en él, y probablemente ninguno lo intentó jamás. No había tetramotores en las líneas que lo utilizaban.

Al abandonar el ambiente refrigerado del aparato, los pasajeros recibían casi como un golpe el contacto de la atmósfera húmeda y calurosa. El contraste asfixiaba. Los pañuelos salían a relucir.

El de Digby Owen era blanco con una cenefa verde.



Mark Halloran

Cha cha cha

Bolsilibros: Servicio Secreto - 329

ePub r1.0

jala y xico_weno 01.12.17

Título original: *Cha cha cha*
Mark Halloran, 1956

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Mark Halloran

Cha cha cha

1^a. EDICIÓN

NOVBRE. -1956

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

CHA CHA CHA



CAPÍTULO PRIMERO

El bimotor «Martín» de pasajeros había rociado a lo largo de la única pista del aeropuerto y ahora estaba parado frente a la estación. Detrás de éste parecía como si ya comenzase la, manigua tropical, pues una masa de vegetación esplendorosa, con el plumero de las palmeras como remate, asomaba por encima de la techumbre. El campo era pequeño; difícilmente hubiera podido un tetramotor aterrizar en él, y probablemente ninguno lo intentó jamás. No había tetramotores en las líneas que lo utilizaban.

Al abandonar el ambiente refrigerado del aparato, los pasajeros recibían casi como un golpe el contacto de la atmósfera húmeda y calurosa. El contraste asfixiaba. Los pañuelos salían a relucir.

El de Digby Owen era blanco con una cenefa verde.

—Un baño turco —dijo la muchacha rubia que descendía por la escalerilla detrás de él—. Dios mío, esto es un verdadero baño turco. Apuesto a que pierdo cinco kilos en una hora.

Digby se restañó el sudor de la frente con el pañuelo, pero no contestó una palabra. Durante todo el trayecto desde La Habana apenas había dejado oír algún que otro monosílabo. La mayor parte del tiempo la dedicó a beber una mezcla de ginebra, hielo y zarzaparrilla. La muchacha, en cambio, que ocupó el asiento contiguo al suyo, habló por los codos sin tomar una gota de líquido. Era el tipo de muchacha, además de rubia, charlatana y exuberante. Los hombres solían prestar a su exuberancia gran atención, pero Digby constituyó desde el principio una excepción a esta regla. Si ella se sintió defraudada, no lo demostró. Si pensó que era una lástima que un sujeto tan apuesto como aquél, tan interesante, con su cara angulosa tostada por el sol, sus ojos grises, su cabello castaño, su aire de fuerza y agilidad contenidas; si pensó que era

una lástima que la desdeñase por un vaso de zarzaparrilla, ginebra y hielo, no lo demostró tampoco. Pero no sembraba, ni era, una muchacha capaz de pensar y sentir grandes cosas.

Lo cierto es que Digby la había ignorado por completo. Otras preocupaciones llenaban su mente. Estuvo casi todo el tiempo recordando a Charlie Wheeler que era su jefe y tenía la cabeza calva como una bola de billar, aunque con tal cantidad de materia gris dentro que no hubiera cabido ni en una bola de billar del tamaño de una sandía. Tres días antes, Charlie le había llamado a su despacho para decirle:

—Owen, ¿usted habla castellano?

Digby Owen había contestado que sí, pues era verdad que lo hablaba, y muy bien.

—Entonces le encargaré de una misión muy importante.

—Ayer terminé lo de Elliott City —objetó Digby. Charlie no hizo de la objeción el menor caso.

—Prepare su equipaje, engrase sus pistolas... Digby insistió:

—Necesito una semana de descanso por lo menos.

—Va a enfrentarse a un enemigo peligroso.

—¿Más peligroso que usted? Charlie consideró la pregunta.

—No. Pero del éxito o fracaso de su labor dependen infinidad de cosas. Millones de dólares. Vidas humanas. La paz y la fraternidad entre las naciones del continente americano.

Digby mencionó el lugar al cual, en su opinión, podían irse los millones de dólares, las vidas humanas y la paz y fraternidad del continente americano. Charlie Wheeler se encogió de hombros.

—¿Cómo está usted de trajes de verano? —inquirió.

—Mal.

—Cómprase dos o tres. En el trópico va a necesitarlos.

—¿Ha dicho en el trópico?

—Sí —asintió Charlie, acariciándose la calva—. Eso es lo que he dicho.

Digby no había olvidado la expresión de sus astutos ojos cuando le explicó los detalles del trabajo que le había caído en suerte. A partir de entonces no protestó más. Era gastar saliva sin objeto.

Ahora estaba en el trópico.

—No veo al señor Bluber —comentó la muchacha rubia.

Digby continuó volviéndole la espalda. Se quitó la chaqueta y,

con esta bajo el brazo, tomó el camino de la estación entre la docena de pasajeros abrumados por el sol y el calor. Vestidos con monos blancos, un grupo de cansinos empleados del aeropuerto caminaba en dirección contraria. Allí, al aire libre, no se veía a nadie más.

Dos barreras de alambre conducían a la Aduana. Al llegar a ésta, Digby encontró a unos cuantos policías con aspecto de facinerosos y a un oficial instalado en mangas de camisa detrás de una mesa. Los pasajeros formaron cola. Cuando le tocó el turno, depositó sobre la mesa su pasaporte.

El oficial leyó el nombre en deficiente inglés. Luego le miró.

—¿Motivo del viaje? —preguntó en el mismo idioma.

—Negocios.

—¿Cuáles?

—Los que salgan. ¿No está en regla el pasaporte?

—El pasaporte sí.

—¿Entonces?

El oficial sacó un delgado cigarro puro y le mordió la punta.

—Muchos gringos vienen a por los negocios que salgan. Luego no les gusta la moneda en que cobran sus beneficios, pero es tarde para lamentarlo.

Digby esbozó una fría sonrisa.

—¿Forma parte de sus atribuciones hacer esa observación?

—Es porque tengo un corazón compasivo —dijo el oficial—. Tome su pasaporte y diviértase.

—¡Señor Bluber! —exclamó, detrás de Digby, la muchacha rubia.

Digby pasó de la Aduana al vestíbulo de la estación y se cruzó con un hombre gordo que vestía una camisa negra, al cual la muchacha estaba saludando con vivos ademanes. Hacía un calor infernal. Fuera, aguardaba el autobús de «Aerovías del Caribe», pero tardaría en partir. Los equipajes apenas habían sido descargados del avión y faltaba todavía revisarlos.

Algunos de los pasajeros examinaban un tenderete de objetos de artesanía indígena.

Otros habían elegido el bar. Digby se unió a estos últimos y pidió un *gin* de piña.

En el bar funcionaba una radio. Una voz de mujer cantaba:

Cha cha cha, papito, dímelo. Cha, papito.
Papito, cha cha cha.

Digby hizo una mueca y probó el *gin*. Era bueno.

El sonsonete de la canción se hincaba en la conciencia. Sin querer, Digby prestó atención a la letra un momento. No tenía más que aquellos cuatro versos, siempre los mismos. Obsesionaba.

Digby llamó al barman negro y señaló su vaso.

—¿Cuánto?

—Cincuenta centavos, señor. Lo siento —el barman sacudió la cabeza al ver los billetes norteamericanos—. Habrá de cambiar, señor. Aquella ventanilla.

Digby fue a la ventanilla y cambió un manojo de dólares por pesos. Regresó al bar.

Pagó.

La voz de mujer insistía:

Cha, papito.
Papito, cha cha cha.

Sin saber por qué, Digby pensó en Charlie Wheeler otra vez. Murmuró:

—Condenado.

Salió a la sombra en busca de un poco de aire. No lo había. Las palmeras se dibujaban absolutamente inmóviles contra un cielo de un azul blanquecino.

El autobús no partió hasta media hora más tarde. La autopista estaba abierta en plena selva. Luego, de pronto, entre unas colinas, aparecía la ciudad. Era bonita. Tenía un círculo exterior de villas envueltas en esplendorosas flores y, en el centro, altos y modernos edificios. La calina flotaba sobre ella.

Las oficinas del «Aerovías del Caribe» se hallaban en la plaza de la Libertad. Digby vio a la muchacha rubia charlando cogida del brazo del señor Bluber mientras recogía su maleta. A continuación tomó un taxi. Estaba bañado en sudor.

—Al Hotel Internacional.

El taxista era un mestizo sonriente.

—Muy bien, señor, al Hotel Internacional. Bienvenido, señor. Puedo mostrarle un poco la población, si gusta, señor.

—Al Hotel Internacional —repitió Digby.

En cuanto se salía de la plaza de la Libertad, centro del distrito comercial, y antes de alcanzar la zona residencial de las afueras, todo era una mescolanza de habitaciones descuidadas, viejas chozas, barracas provisionales y casas ultramodernas. Una muchedumbre, vestida bien de blanco, bien de vivos colores, deambulaba sin prisa de acá para allá. Había infinidad de negros, de indios y de mestizos de las más diversas razas. Pese al calor, las calles estaban llenas de animación y de ruido. Por doquier, como si se celebrara alguna fiesta, bramaban altavoces. Digby oyó:

Cha, papito.

Papito, cha cha cha.

—Maldito —dijo entre dientes. Pensaba de nuevo en Charlie Wheeler.

El taxi se abría paso a golpes de claxon por un abigarrado mercado callejero. En el mismo suelo, sobre tablas o en rudimentarios tinglados, se ofrecían mercancías de todas clases. Los vendedores no seguían una norma de conducta uniforme. Unos permanecían en cuclillas junto a sus puestos, hieráticos, mudos, impasibles; otros pregonaban sus productos a voz en grito y no titubeaban en precipitarse sobre los transeúntes y atraerlos tirándoles del brazo. Había por todas partes muchos agentes de policía, y en algunas esquinas piquetes de soldados. Digby frunció el entrecejo. No obstante, la gente semejaba prescindir completamente de aquella demostración de autoridad, y tanto policías como soldados, a su vez, parecían limitarse a dormir de pie la siesta.

Casi en mitad de la calzada, un mendigo ciego pedía limosna salmodiando una lúgubre letanía. Después comenzaba una calle ancha y despejada, achicharrada por el sol, y allí estaba el hotel. Era nuevo, pero feo. Debía de tener unas cincuenta habitaciones. Una placa, junto a la puerta, decía que lo recomendaba el Club Panamericano de Turismo.

Digby pagó al taxista y entró. Un muchacho negro corrió a

cogerle la maleta. El conserje, gordo, con cara de alemán, dobló el espinazo para saludarle. Preguntó en un castellano ligeramente trabajoso:

—¿Habitación?

—Con baño.

—La catorce —dijo el gordo al muchacho negro. Éste desapareció con la maleta—. El registro, señor, si no le importa —abrió el libro sobre el mostrador—. Su pasaporte. La policía es ahora muy severa con esto. Firme aquí, yo pondré los demás datos. ¿De dónde viene?

—De Washington.

—Gracias.

Digby firmó y siguió al hombre hasta el ascensor. Cuando salieron de éste, en el primer piso, observó que el aire estaba refrigerado. No mucho, pero se experimentaba cierto alivio.

El muchacho negro aguardaba en el umbral de una puerta. Digby le puso un billete en la mano y pasó a la habitación. El mobiliario era de muy discutible gusto. Una persiana graduable, pintada de verde, tamizaba la luz. A la derecha estaba el baño.

—Regia —dijo el conserje. Se aproximó a la cama y abrió el embozo—. Fíjese qué sábanas, señor. Colchón de muelles norteamericano. No encontraría usted en la ciudad nada comparable. El hotel está recomendado por el Club Panamericano de Turismo.

—Jamás oí hablar de semejante club —dijo Digby. El conserje sonrió.

—¿Desea alguna otra cosa?

—¿Hay servicio de bar?

—De primera clase, señor.

—Envíeme una botella de ginebra, zumo de piña, hielo y soda. Mi siguiente deseo es estar tranquilo.

—Elegió el mejor lugar para estarlo —asintió el conserje. Y se fue.

Digby abrió la maleta y la vació toda de una vez encima de la cama. En seguida oprimió la base de uno de sus costados. El cuero se desplazó descubriendo un doble fondo. Dentro había dos pistolas y una caja de municiones. Digby sospesó aquéllas con una expresión rara en el rostro. Las pistolas podían ser su instrumento de trabajo

y, sobre todo, su seguro de vida. Sabía aproximadamente lo que le esperaba.

Mientras se desnudaba para darse una ducha oyó que alguien silbaba en algún lugar del hotel un pegajoso sonsonete:

Cha cha cha, papito, dímelo. Cha, papito.

Papito, cha cha cha.

—Bueno, aquí estoy —murmuró para sí.

CAPÍTULO II

Digby se preparó un *gin* de piña, se ajustó la sobaquera, enfundó una de las pistolas y se puso un traje nuevo. Bajó al vestíbulo haciendo saltar la llave de la habitación en la palma de la mano.

—Su pasaporte, señor Owen —le dijo el conserje—. No es conveniente que ande sin él por la ciudad.

—Hum —hizo Digby.

Recogió el pasaporte y salió a la calle.

Se encaminó resueltamente al bullicioso barrio que poco antes atravesara en taxi. Iba en busca de un hombre llamado Mostaza. Por lo que sabía de él, sería un traidor que sé vendía por dinero; la clase de tipo con quien menos le gustaba tratar y la clase que se veía obligado a tratar con más frecuencia.

Las instrucciones de Charle Wheeler estaban claramente impresas en su memoria y, además, conocía la ciudad bastante bien, pero no le fue fácil dar con las señas del hombre. En cuanto se abandonaba la vía principal, el barrio se convertía en un dédalo de callejuelas impregnadas de fuertes olores. Mujeres indias, en cuclillas junto a las paredes, vendían fruta y unas poco atractivas tortas ovaladas que exponían directamente sobre el sucio suelo. El aire, espeso y cálido, era irrespirable.

La casa que Digby buscaba estaba pintada de blanco y apenas se diferenciaba de las demás. Era la tienda de un pequeño comerciante de ferretería. Un indio descalzo entraba en ella en aquel momento. Digby le siguió.

Dentro había un hombre de cabello canoso y expresión serena. Se adelantaba hacia el indio. Aunque vestía humildemente, su aspecto traslucía nobleza y dignidad. Era casi el primer hombre de aspecto noble y digno que Digby veía desde que descendió del

avión.

El indio compró cincuenta centavos de tachuelas y se fue.

—¿El señor Mostaza? —preguntó Digby.

—Yo soy.

Tenía los ojos claros y miraba de frente con ellos. Digby pensó si sus prejuicios —los prejuicios que le dictaba la experiencia— no irían a engañarle en aquella ocasión. Lentamente, mientras Mostaza le contemplaba sin el menor recelo, introdujo la mano en el bolsillo, sacó un objeto y lo mostró en la palma. Era un disco de plata. En su centro aparecía grabado un sol con cinco rayos llameantes.

Mostaza bajó la vista y permaneció mudo.

—¿Reconoce usted esto?

—Sí.

—¿Y bien?

—Es su contraseña: el Sol Caribe No hay más que dos monedas de esa clase en el mundo, y la otra la tengo yo. Pero, si le envía a usted el gobierno de los Estados Unidos, me parece ridículo haber recurrido a un medio de identificación tan teatral.

—He venido sin más documento que el pasaporte.

—¿Miedo?

—Prudencia.

La sombra de una sonrisa asomó a los labios de Mostaza.

—Pase.

Había apartado una cortina de finos bambúes e invitaba a Digby a seguirle por un pasillo de desnudas paredes encaladas. El pasillo desembocaba en un patio interior, donde había una fuente, árboles frutales y un espectacular macizo de buganvillas. También había rústicos sillones y una mesa. El lugar era sorprendentemente fresco.

—Supongo que está aquí para pedirme colaboración —dijo Mostaza. Se aproximó a los sillones—. Siéntese y hable. Nadie nos molestará.

Digby se sentó.

—En Washington me han asegurado que usted me ayudaría.

—¿Ayudarle a qué?

—No lo sé exactamente. Si he de serle franco, me han enviado a este infierno completamente a ciegas.

Los claros ojos de Mostaza despidieron una especie de chispa.

—Es curioso que un yanqui llame infierno a este país —replicó

—. A juzgar por el interés que demuestran por nosotros, se diría que les gusta. Salga usted a la calle y encontrará compatriotas a montones.

—Y policías —dijo Digby entre dientes. Mostaza alzó los hombros.

—La situación. La mayor parte de esos policías están para protegerles a ustedes. El martes se produjo un tumulto en las minas de cobre de Coronado. Los obreros están en huelga desde anteayer.

Digby, pensativo, posó la vista en la fuente. El agua, el verde de los árboles, el curioso color de las buganvillas, las blancas paredes y el cielo formaban un conjunto de una armonía sedante. El patio era un oasis de paz. Fuera de él, sin embargo, en el hervidero humano de la ciudad, en todo el país, dos indomables y ambiciosas fuerzas se disponían a entrar en colisión «Va a enfrentarse a un enemigo peligroso», había dicho Charlie Wheeler; y Charlie nunca exageraba, nunca hablaba por hablar.

—El motivo de mi viaje es el siguiente —dijo Digby, volviendo los ojos a Mostaza—: En Washington recibimos noticias de que un gran cargamento de armas y municiones ha llegado o está a punto de llegar aquí. La noticia es muy vaga y no ha tenido confirmación. Puede tratarse de un rumor, y puede tratarse de algo mucho más grave. Desgraciadamente, dado el estado de agitación política en que ustedes viven, dados los incidentes que cada día se están produciendo en mayor proporción contra la «Caribbean Copper» y los intereses norteamericanos en general, resulta imprescindible investigar qué hay de cierto en ello. Si se produjera una rebelión armada, todo el país quedaría bañado en sangre.

—Dios no lo quiera —replicó quedamente Mostaza Digby le observaba.

—Bien, ¿qué sabe usted de ese asunto?

—Probablemente es verdad.

—¿Sólo probablemente?

Mostaza suspiró. Se le veía indeciso.

—Ustedes, en Washington —dijo al fin—, ¿han oído hablar del general Cabrera?

—No.

—Pues de mi enhorabuena a sus servicios de información —el tono de Mostaza se había hecho mordaz—. El nombre de Cabrera

corre aquí de boca en boca. Es casi seguro que ese nombre se convertirá muy pronto en el grito de guerra de la rebelión contra la compañía norteamericana de las minas de cobre y, de rechazo contra el gobierno. Usted ha mencionado las armas Querido amigo, hay ya bastantes depósitos clandestinos de armas en el país. Nadie sabe de dónde proceden ni dónde están pero sí que alguien las oculta para repartirlas en el momento oportuno. Ese alguien es el general Cabrera.

—¿Quién es Cabrera?

—Nadie.

—¿Nadie?

—Por descontado, no hay ningún general Cabrera en el Ejército. Es el pseudónimo tras el que se oculta un poderoso personaje, el cabecilla de un movimiento muy extendido entre la población indígena, entre los campesinos, entre los mineros de la «Caribbean Copper», entre los inmigrantes, entre los muchos enemigos del gobierno. Nadie conoce su verdadera identidad.

—Pero eso significa que Cabrera está organizando una revolución.

—Sí.

—Yo no he venido a inmiscuirme en asuntos políticos —dijo Digby—. Ustedes tienen su policía y su ejército, resuélvanlos. Vengo a impedir un tráfico de armas que pone en peligro los intereses de una gran empresa comercial norteamericana y las vidas de muchos compatriotas.

—Ambos propósitos coinciden.

—Está bien. ¿Puede ayudarme?

—Quizá. Puedo señalarle a un hombre que acaso le conduzca a Cabrera. No se lo aseguro, entiéndalo. Se llama Pablo Kruger y es el propietario de «El Círculo Mágico», un local donde han sucedido algunas cosas raras. Kruger es influyente, posee una gran inteligencia, una gran cultura y mucho dinero. No oculta su ojeriza hacia ustedes, los norteamericanos, y era íntimo amigo de Geroncio Morales, jefe del Partido Amarillo, derrotado en las últimas elecciones. Morales falleció el año pasado y su partido fue disuelto oficialmente, como probablemente usted no ignora. La mayoría de sus elementos conspiran hoy en favor de Cabrera y de la rebelión.

—Entre ellos, ese Kruger.

—Digo yo. Kruger nunca ha sido una figura política, sino una especie de «eminencia gris» de los amarillos y uno de los que contribuían a sostenerlo con dinero. Ahora bien, si yo estuviera en el pellejo de Cabrera y necesitara un secuaz, me dirigiría a Kruger. Es de suponer que él habrá hecho otro tanto.

—Comprendido —asintió Digby—. Si esa información da frutos, Mostaza, en Washington le recompensarán a usted como merece. Espero...

Los ojos de Mostaza, súbitamente, se habían encendido. Las venas se hinchaban bajo la rugosa piel de sus manos.

Digby le miró y se interrumpió. El hombre dijo con voz helada:

—No quiero recompensas de Washington. Hago lo que juzgo mejor para mi país. Cuando ustedes se propusieron explotar las minas de cobre que son nuestra única fuente de riqueza nacional, cuando intrigaron en nuestros medios políticos hasta instaurar un gobierno amigo que les otorgara la concesión, me opuse a ello con todas mis fuerzas y llegué a empuñar las armas porque lo creía mi deber. En la actualidad, la situación ha cambiado. Combatir los hechos consumados es suicida. Ustedes son mucho más fuertes que nosotros. Nos ahogarán en sangre y todo quedará igual.

—Mussolini dijo que más vale vivir un día de león que cien años de cordero.

—Oh, Mussolini y la gente como Mussolini dice muchas cosas. —Mostaza hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Una revolución en nada beneficiaría a mi país, y su único objetivo sería que Cabrera medrase a costa de la muerte y del llanto. Los altos ideales que manejan los conspiradores, sépalo usted de una vez, no son altos ideales, sino bastardos intereses. Todo gira en torno a nuestras minas de cobre. Admito que sea patriótico arrebatarlas a los Estados Unidos para devolverlas a la nación, en el supuesto de que la nación fuese capaz de explotarlas con provecho; pero no para que se queden con ellas el general Cabrera y los poderes financieros que le respaldan.

—¿Es eso lo que, según usted, ocurrirá?

—Eso mismo.

—Hum —murmuró Digby.

Iba a añadir un comentario acerca de la seguridad con que Mostaza enjuiciaba los propósitos de personas a quienes decía no

conocer, cuando algo que vio le cortó la palabra. Lo que vio era una mujer. Acababa de salir al patio por una puerta situada a la derecha. No esperaba, evidentemente, encontrar a nadie allí, de lo contrario hubiera abrochado con más tiento el ligero vestido azul que llevaba. Procedió a abrocharlo rápidamente al descubrir a los dos hombres. Se había detenido de sopetón, confusa, llena de sonrojo.

Digby halló la situación sumamente divertida.

—Es mi hija Mara —dijo Mostaza—. Ven acá, pequeña, No te atolondres. Este señor sabrá disculparte. Es un agente norteamericano y, por tanto, un perfecto caballero.

Las palabras contenían una diplomática advertencia a Digby, y éste la captó. Se puso en pie y saludó a la joven, que miraba al suelo. Era una criatura superdotada. De cabello castaño oscuro y tez de un moreno mate, poseía una gracia exótica indescriptible. El descuido de su indumentaria, tan casera como tropical, prestaba, por contraste, valor a sus cualidades naturales, que no eran pocas, pero tampoco excesivas. Había heredado de su padre la nobleza, la dignidad, el aire de pertenecer a una especie de casta superior y, por decirlo así, no darse cuenta de ello. Su confusión la hacía encantadora.

—El consuelo de mi vejez —oyó Digby que decía Mostaza, y la vulgaridad de la frase, aplicada a una muchacha tan extraordinaria, le obligó sin querer a sonreír—. También tuve un hijo, pero las ideas malsanas me lo han arrebatado. Fue de los primeros en atender la llamada de Cabrera y mis consejos no bastaron para mostrarle el verdadero camino. Ahora ni siquiera sé si todavía vive. Lo he perdido para siempre.

Mostaza ciñó con un brazo los hombros de su hija, mirándola con una mezcla de ternura y admiración. Digby lo notó y dijo:

—Va a resultar que usted y yo tenemos muchas cosas en común —consultó su reloj—. Debo irme —extendió la mano—. Acepte mi agradecimiento personal, ya que rechaza el de mi país. Me llamo Digby Owen. Paro en el Hotel Internacional. Avíseme si hubiera algo.

—Conforme —musitó Mostaza.

Digby encontró por un momento los ojos de la joven, cuando ella murmuró una tímida despedida. Eran un tipo estimulante de

ojos, que daban energía y ganas de vivir. Tenían un color más bien verde. Bajo las largas y oscuras pestañas, sobre la tez morena, su efecto resultaba deslumbrador.

Mostaza añadió:

—Buena suerte.

Fuera, en la calle, un negro perezosamente apoyado en la pared tarareaba:

Cha, papito.

Papito, cha cha cha.

«Un enemigo peligroso», pensó Digby. Ahora ya sabía que el enemigo a quien Charlie Wheeler se había referido en abstracto se llamaba en concreto general Cabrera.

La idea, por lo menos, era una base para empezar a trabajar. Al echar a andar, palpó instintivamente su pistola.

CAPÍTULO III

Lo poco que había sacado en limpio de su entrevista con el ferretero servía para establecer un plan de operaciones, eso sí, pero no para muchas cosas más. Estaba el sujeto llamado Pablo Kruger, por ejemplo. Muy bien, un excontribuyente del Partido Amarillo. El dueño de un asunto conocido por «El Círculo Mágico» donde ocurrían cosas raras. —Mostaza no dijo en qué sentido eran raras—. Un hombre, quizá, socialmente dañino, capaz de rendirle a Cabrera servicios muy estimables.

Estaba claro que había que acercarse a Kruger, pero esto requería tiempo. Digby sabía, sin necesidad de los informes de Mostaza, que la situación del país se había puesto vidriosa, y además era patente que la revolución había casi madurado del todo. En cualquier instante podían precipitarse los acontecimientos, y entonces ¡al diablo! Impedir una revuelta, una guerra civil, era empresa factible para un hombre solo y que no costaría arriba de un puñado de dólares; sofocar la revuelta o ganar la guerra una vez comenzada, ya era harina de otro costal.

«Cuidado», le dijo súbitamente a Digby una voz interior.

Miró en torno. Conocía de sobra la sensación que estaba experimentando en aquel momento, porque era un aviso que en más de una ocasión anterior le salvara la vida. La voz decía; «Cuidado... cuidado... cuidado...». Sonaba en su mente tan clara como en un teléfono.

Mientras reflexionaba acerca de la revolución, de Cabrera y de Kruger se había adentrado sin rumbo fijo en el barrio indígena. Ahora se encontraba en un estupendo laberinto que olía como un estercolero después de llover. En la siguiente esquina había un charlatán que usaba, a título de recurso publicitario, una culebra

enroscada al cuello. Tenía por público a una docena de indios adormilados. Muchos otros pasaban por su lado indiferentes.

«Cuidado», dijo la voz.

Digby se detuvo frente al charlatán. Un hombre se detuvo detrás de él.

Le miró por el rabillo del ojo. Era un mulato presuntuosamente vestido, con una cinta de color salmón en el jipi, traje violeta claro y zapatos blancos y negros. Fumaba un cigarro. Se veía una boba sonrisa estereotipada en su cara chata.

Digby reemprendió la marcha a paso vivo. El mulato también.

Podía ser una coincidencia, a pesar del silencioso aviso de la voz interior, pero Digby estaba dispuesto a aclararlo. Siguió andando hasta averiguar el lugar en que se hallaba. En cuanto se orientó, tomó el camino de una plazoleta que albergaba uno de los innumerables mercados callejeros. Lo hizo dando un rodeo inútil. Caso de que el mulato lo diera también, la prueba, sería concluyente: tenía una «sombra».

Pero ¿quién se la había colocado y para qué? ¿Tan pronto se había descubierto su identidad? La misión del mulato, ¿sería seguirle? ¿O sería matarle? ¿Lo enviaba Mostaza?

¿Quién sabía además de Mostaza con qué objeto se hallaba él allí?

Digby llegó a la plazoleta.

Las preguntas que se dirigía a sí mismo no obtendrían respuesta sino a través del propio mulato. Debía, por tanto, no alarmarle, mantenerle sobre sus pasos, cerca, y echarle mano a la primera ocasión. Los mulatos eran gente blanda. Los había que cantaban sólo con tal que no les arrugaran el traje.

Pero el de la sonrisa boba no estaba a la vista aún.

Digby se sentó en la terraza de un cafetín, de cara al colorido aunque poco higiénico espectáculo del mercado. La plazoleta hervía de personajes difíciles de definir, los típicos personajes que merodean allí donde existe una encrucijada de razas. En un puesto se exhibían zapatos viejos, trajes viejos, sombreros viejos, bombillas rotas, cepillos de dientes usados, despertadores sin cuerda; en el contiguo, un frigorífico de último modelo; en el de más allá, enormes ananás maduras; en el otro, libros y revistas; en el siguiente, verduras frescas, una lámpara de sobremesa y un tintero

de hierro forjado. Aquí, los vendedores dormitaban al sol mientras que allá discutían a voz en grito sus transacciones. Pasaba un negro cargado con un bidón de agua, y luego una india con su hijo a cuestas, y luego una mujer rubia con un bolso rojo. Un perro se rascaba ante la mirada curiosa de un chiquillo desnudo.

De pronto, la atención de Digby quedó fija en el lado contrario de la plazuela. Por una de las bocacalles acababa de aparecer una patrulla militar, que ahora avanzaba bordeando el mercado y abriéndose paso entre el gentío. Un oficial la mandaba. Era notable el contraste de los uniformes y los cascos metálicos con la abigarrada y semidesnuda multitud. Nadie, empero, les prestaba demasiada atención.

Por lo menos en apariencia. Luego ocurrió algo horrible.

El vaso lleno de ginebra y soda que Digby tenía en la mano se quebró entre sus dedos cuando un pavoroso estruendo atronó la plaza. Hubo una llamarada vivaz, una tétrica conmoción del aire. Se hubiera dicho que el mundo había estallado.

Digby no perdió la serenidad, pero la violenta e imprevista explosión le produjo el efecto de desconcierto, de estupor, que en tales casos suele experimentarse. Lo vio todo con detalle, sin embargo. Vio que una siniestra humareda brotaba del lugar donde últimamente había estado la patrulla; vio una súbita confusión de miembro y cuerpos, y que uno de éstos, el de un soldado, se alzaba como en un vuelo y se estrellaba contra él suelo con un chasquido de huesos rotos; vio en primer término al oficial, le vio convulsionarse, crisar las manos y derrumbarse como un pelele. Ésta fue la señal para que un soplo de locura azotase el mercado. La gente, presa de un pánico irracional, emprendió la fuga en todas direcciones, atropellándose, derribándose, pisoteando cuanto encontraba en su camino. Los lamentos de los heridos quedaron ahogados por un frenético coro de gritos de terror.

Digby distinguió también en el mismo instante una figura vestida de color violeta claro, pero no pudo ocuparse de ella porque la multitud se le echaba encima. Abandonó su mesa y se arrimó a la pared. Así, pegado a ésta, dando codazos y empujones, avanzó hacia el punto donde la explosión se había producido. Sabía que era inútil pedirle ayuda a nadie y que él sólo poco iba a conseguir, no obstante lo cual hizo lo que el deber le dictaba.

Apenas se hubo arrodillado junto al oficial comprobó que estaba muerto, con tres tremendas heridas de metralla en la espalda, Dos soldados, con las caras espantosamente mutiladas, yacían muertos muy cerca de él. Un tercero movía los labios, aunque sin pronunciar sonido alguno. Una mujer aparecía con las piernas cercenadas, y había dos indios un poco más allá cuyos cuerpos ya casi no tenían ni aspecto humano. Distribuidos aproximadamente en círculo, once heridos más lanzaban gemidos o estertores de dolor. La sangre alfombraba el suelo.

Digby trató desesperadamente de contener las hemorragias de algunos de aquellos infelices, y durante un buen rato, que a él se le antojó una eternidad, fue el único ser que se movía en la ya solitaria y silenciosa plaza. Ni siquiera a las ventanas de las casas se asomaba nadie. Un ciclón parecía haber devastado el mercado.

Al fin, por la boca de las contiguas callejas comenzaron a aparecer los soldados que habían escapado indemnes del atentado. Sus manos asían fuertemente los fusiles. Sus aterrados ojos miraban en todas direcciones en previsión de un nuevo ataque.

—¡Avisen de una vez a una ambulancia! —les gritó Digby. Ninguno le hizo caso. No podían. El miedo los inmovilizaba.

—¿No me oyen, imbéciles? ¿Se han propuesto que estos hombres mueran como cerdos degollados? ¡Vamos, pidan socorro!

Uno reaccionó y echó a correr. En seguida, otros se precipitaron hacia los comercios y el cafetín. Al cabo de un par de minutos, la curiosidad había vencido al pánico y comenzaba el regreso de la multitud. La plaza fue llenándose de curiosos que se agrupaban en torno al trágico muestrario de muertos y heridos. Algunos de los soldados acudieron para contenerlos.

Unas sirenas ululantes provocaron una nueva desbandada, pero más lenta y parcial. Todos a la vez, llegaron cuatro *jeeps* militares, dos coches de la policía y dos ambulancias. Hubo un rápido despliegue de fuerzas... Los sanitarios se precipitaron hacia los heridos.

Digby se hizo atrás.

Alguien le tocó en el hombro.

—Soy el capitán Hurtado, señor —era un militar alto y enjuto, extremadamente joven—. Sospecho que es usted el único que ha hecho por estos desgraciados cuanto ha podido. Permítame que se

lo agradezca.

El horror de Digby se había trocado en cólera.

—Si tuviera usted soldados en lugar de bailarinas —replicó—, el agradecimiento estaría de más. Jamás vi huir a nadie como han huido ellos.

—Señor, el pánico es contagioso, y cuando estalla una granada por sorpresa se pierde fácilmente el dominio de los nervios. Por lo demás, siempre cabe la posibilidad de que unas ráfagas de ametralladora terminen la obra destructora de la explosión.

—Oh, sí, sí, muy humano, muy lógico. —Digby se contemplaba las manos tintas en sangre—. Dejémoslo correr, ¿quiere? Buenas tardes.

¡Un mulato vestido de color violeta! ¡Allí, parado en una esquina, vigilando la plaza con aire indiferente!

—Un momento —dijo el capitán.

Digby apretó los puños. El mulato no vigilaba la plaza: le vigilaba a él.

—¿Qué pasa ahora?

—Me veo obligado a causarle molestias. Necesitamos su declaración para levantar acta de lo ocurrido. A ninguno de los que presenciaron la escena, empezando por los propios soldados y acabando por los indios, le sacaríamos una sola palabra coherente.

El mulato no se movía.

—No. Búsquese a otro. Yo no vi nada. Oí un ruido, y ahí acabó todo.

—Lo siento de veras —la sonrisa del militar se había helado—, pero usted vendrá con nosotros lo quiera o no.

Digby miró por última vez al mulato, escupió al suelo y siguió al capitán Hurtado encogiéndose de hombros.

En un *jeep* le condujeron al Cuartel Central de Policía. Hurtado le introdujo en un despacho ocupado por un hombre extremadamente obeso que estaba en mangas de camisa y tenía sobre el escritorio una gran lata de cerveza alemana. El hombre, al parecer, estaba ya al corriente de lo sucedido, porque, con voz ronca, dijo de sopetón:

—Sus documentos. Empiece ya, y no olvide detalle.

Permaneció con los ojos fijos en el pasaporte de Digby todo el tiempo que éste estuvo hablando. Luego cogió la lata de cerveza y

bebió un trago por los orificios que tenía en la tapa. Preguntó:

—¿Es seguro que no vio a quien arrojaba la bomba?

—Seguro.

—¿Ni de qué dirección procedía?

—No.

—¿Y no puede aportar otros datos?

Digby se humedeció los labios con la lengua.

—Sí —dijo incisivamente—. Pregúntenle al general Cabrera quién lo hizo. Él lo sabrá mejor que yo.

Hurtado murmuró algo ininteligible. El gordo arrugó el entrecejo y volvió a mirar el pasaporte. Su dedo, semejante a un salchichón, se apoyó sobre el sello estampillado por la aduana del aeropuerto.

—Usted ha entrado hoy mismo en el país —observó—. ¿Dónde y cuándo ha oído el nombre de Cabrera?

—¡Por Dios, si lo pronuncia toda la ciudad! Uno no puede dar un paso sin oírlo.

—Pues le recomiendo que se ponga algodón en las orejas. ¿Quién es usted? ¿Por qué está aquí?

—Negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—Lo que salga.

—¿Sabe que puedo expulsarla si se me antoja? Digby miró al gordo a los ojos.

—Sí.

El gordo masculló un juramento, cerró el pasaporte y se lo tendió.

—Muy bien, lárguese. Ahí fuera tomarán nota de sus señas. Acompañele, Hurtado, y luego vuelva acá.

Hurtado saludó militarmente.

—A sus órdenes.

En un despacho vecino, Digby dio su nombre y dirección a un sargento que escribía sacando la lengua y con caligrafía perfilada. El capitán aguardaba detrás de él.

Cuando hubo terminado la laboriosa operación, el norteamericano dijo:

—Siempre me ha gustado saber con qué gente trato. ¿Quién era ese hipopótamo de ahí dentro?

Un destello de ira iluminó las pupilas de Hurtado.

—El coronel Urkakov —repuso, procurando dominarse—. Jefe de las brigadas de choque de la Policía Gubernamental.

—Hum. —Digby echó a andar—. Bueno, adiós.

—¿Quiere un consejo?

El norteamericano se volvió.

—Diga.

—No se meta a partir de ahora donde no le llamen, vea lo que vea y ocurra lo que ocurra. Y no miente a Cabrera en público. Es peligroso.

—¿Peligroso para quién?

—¡Para todos! Eso es lo que Cabrera pretende: que se hable de él, que se comenten sus supuestos planes, que circulen rumores, que se cree un estado de opinión, que cunda el pánico, que se produzca un sentimiento general de inseguridad... Usted es norteamericano.

—¿Ha descubierto eso? —preguntó burlonamente Digby.

—Siéndolo, le conviene tener la boca cerrada —la burla no había hecho mella en el capitán—. Si llega a estallar la revuelta, los primeros perjudicados serían, ustedes.

—Dicen. Y se fue.

Su ropa estaba llena de salpicaduras de sangre, se sentía sucio e incómodo en ella.

Tomó un taxi y se hizo llevar al hotel.

—Señor Owen.

El conserje le detuvo cuando pasaba ante el mostrador.

—¿Qué ocurre?

—Señor Owen, alguien está esperándole ahí, en el saloncito —la redonda y teutónica cara del hombre adquirió una expresión infantil—. Una señorita. Una bellísima señorita, si me permite decirlo, señor...

CAPÍTULO IV

Estaba sentada en un sillón, con las piernas muy juntas y el rostro oculto entre las manos. Llevaba un vestido blanco muy sencillo, sin mangas, de gracioso escote en V. Tenía un aire extremadamente juvenil, pero un aire de desamparo, de colegiala atribulada. Cuando alzó sus soberbios ojos para posarlos en Digby, éste vio lágrimas en ellos.

Era Mara Mostaza. Algo grave debía de haber pasado para que se encontrase allí.

—Mara... —empezó el norteamericano.

Antes de que pronunciase una palabra más, ella se había levantado del sillón. Su bolso cayó al suelo. No se preocupó de recogerlo. Se abalanzó hacia Digby, apoyó la cabeza en su pecho, se aferró a sus solapas y rompió a sollozar.

Era agradable tenerla de aquel modo, tan dulcemente abandonada, tan próxima.

Agradable, pero absurdo.

Digby le palmeó afectuosamente la espalda. Luego le alzó el rostro tomándola con suavidad de la barbilla. Sus ojos le asustaron.

—Mara, ¿qué sucede?

La respuesta fue un susurro:

—Han matado a mi padre.

Habían matado a Mostaza. Habían matado a Mostaza después de que hablara con él, seguramente por el hecho de haber hablado con él. Era monstruoso. «Un enemigo...». No, la palabra que empleó Charlie Wheeler, la palabra «peligroso», no bastaba. El mal se había desatado con diabólica furia. Mostaza muerto. Un puñado de infelices muertos en el mercado de la plazuela. No, no, ¡no!

—Vamos, no nos quedemos aquí.

Retuvo a la muchacha junto a sí, enlazando sus hombros con un brazo, tal como había visto hacer a su padre, y la ayudó a caminar. La llevó al primer piso, a su habitación. La sentía temblar. Lloraba en silencio.

Preparó un vaso de ginebra y soda.

—Beba.

Trató de ordenar sus ideas mientras sostenía el vaso ante la boca de la joven. El asesinato de Mostaza le privaba de su único aliado en aquella oscura y torpe lucha, pero, además, era una prueba de que alguien se había situado a la defensiva contra él. Su identidad, sus planes, habían perdido la condición esencial de secretos. Y encima estaba Mara, allí, echando una bella aunque engorrosa carga sobre sus hombros...

—¿Se siente mejor?

La muchacha movió negativamente la cabeza.

—No. Es usted muy amable, pero no puedo sentirme mejor.

—Debe serenarse. Debe contarme lo que ha pasado.

—Han... matado a mi padre...

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Cómo ha ocurrido? ¿Dónde?

—¡No lo sé!

Digby la asió firmemente por ambos brazos.

—Mara, es preciso. Ella rehuyó su mirada.

—Oí unos disparos... en la calle... salí corriendo... —Los sollozos la ahogaron—. Encontré a mí padre tendido, ¡acribillado a balazos!, junto a la puerta de la tienda...

¡Estaba muerto! ¡Han sido ellos! ¡Dios mío, yo quisiera...! ¡Si yo pudiese...!

Se interrumpió. Digby vio que la crisis nerviosa era inminente. La joven empezó a temblar, y, de súbito, sus convulsiones se hicieron más violentas. Cuando iba ya a chillar, él la abofeteó sin miramiento alguno. La sintió desmoronarse. Gemía. Tuvo que sostenerla en vilo para que no cayese al suelo, y así la condujo a una butaca.

—Perdóneme. Ha sido necesario.

Ella no contestó hasta transcurrido algún tiempo.

—Gracias.

Miraba fijamente a la pared.

—¿Ha prevenido a la policía?

—No. Estaba aterrorizada, no podía reflexionar. He venido a toda prisa a verle, porque usted... Oh, mi padre me dijo quién era y lo que deseaba. En estos momentos era usted su único amigo.

—No es posible.

—¿Qué no es posible?

—Que yo fuera su único amigo. Soy un desconocido, un recién llegado. La posición de su padre, en cambio, era la del gobierno y la de todos los ciudadanos que aman el orden y la paz.

—¡Ah, no, no! —exclamó Mara—. Mi padre combatió toda su vida a la gente que hoy nos gobierna. Se había resignado a lo irremediable, pero jamás perdonó a los canallas que vendieron al extranjero nuestras minas de cobre, la única riqueza del país. Mi padre es —taba solo. Luchaba solo, y contra todos.

—Yo hubiera dicho que luchaba particularmente contra Cabrera —observó Digby, ceñudo.

—El general Cabrera le había arrebatado un hijo al que adoraba. Si algún día mi padre llega a encontrárselo cara a cara, le hubiera matado sin titubear.

—Está bien. —Digby ahuyentó la cuestión con un gesto de la mano—. ¿Qué desea usted de mí? ¿En qué puedo ayudarla?

Mara inclinó la cabeza.

—Deseo que castigue a los asesinos de mi padre.

—¿Eso no es cosa de la policía?

—Usted sabrá. Digby reflexionó.

—¿Tiene parientes, alguna amistad, alguien que pueda acogerla hasta que se resuelva esta situación?

—Tengo mi propia casa, señor Owen.

—No —dijo secamente Digby—. No es conveniente que vuelva allí. Sería peligroso. La llevaré a donde me indique.

—No sé de ningún lugar, excepto mi casa.

—¿Notó si la seguían cuando vino al hotel? Mara se estremeció.

—Me... me pareció que la ciudad entera corría detrás de mí... Pero era miedo. Puede que me siguieran, no lo sé. ¿Quién va a hacerme daño?

—Su padre tenía plena confianza en usted.

—Sí.

—Entonces, si él era un peligro y le mataron por serlo, usted es un peligro ahora. Se quedará aquí, en este hotel. Haré que le preparen una habitación.

La muchacha guardó silencio.

—¿No me ha oído? —insistió Digby.

—Sí —murmuró ella—, le he oído, señor Owen. No añadió una palabra más.

Digby la miró un instante, y enseguida bajó al vestíbulo para arreglar la cuestión con el conserje.

—Bellísima señorita —dijo éste con los ojos brillantes—. Bellísima como la que más, señor. Apostaría por ella las narices si se celebraba un concurso.

Digby replicó:

—Cierre el pico.

Cuando Mara estuvo instalada en el apartamento contiguo al suyo, le llevó unas pastillas somníferas y uno de sus pijamas.

—El pijama es un recurso provisional —explicó—. Luego nos ocuparemos de su equipaje, pero ahora lo único que necesita es descansar. Tómese esto con un poco de agua. Vamos.

Ella obedeció. El sol acababa de ponerse y, con la rapidez típica de los países tropicales, se extendían ya las sombras de la noche. Dibujada en claroscuro, la figura de la muchacha estaba llena de melancólico encanto. Digby se frotó el mentón y le volvió la espalda.

—Oiga.

—Diga, señor Owen.

—Tengo que marcharme. Prométame que no se moverá de esta habitación por lo menos hasta mi regreso. Si necesita alguna cosa, si quiere comer o beber algo, pídalo por teléfono al conserje. Prométalo.

—Lo prometo, señor Owen. Y muchas gracias por,... por el pijama... por todo, señor Owen.

Digby hizo una mueca.

—Cuando alguno de mis amigos me llama «señor Owen» es para darme una mala noticia —se dirigió a la puerta—. Mi nombre es Digby. A ver cómo suena si lo dice usted.

—Digby.

—Eso es. Buenas noches, Mara. Procure descansar. Le pareció,

en la penumbra, que la muchacha sonreía.

—Buenas noches, Digby.

Salió, cerró la puerta a su espalda y se encaminó despacio a su habitación. Estaba pensando en muchas cosas. Maquinalmente se desnudó, pasó al cuarto de baño y se dio una ducha. Después, envuelto en la toalla, encendió un cigarrillo y se preparó un *gin* de piña. No tenía hielo. Lo pidió al bar. Seguía pensando en muchas cosas a la vez.

Media hora más tarde, vestido con un traje Palm Beach oscuro, se anudaba la corbata ante el espejo. Fue entonces cuando se sorprendió a sí mismo tarareando una tonadilla idiota:

*Cha cha cha, papito, dímelo. Cha, papito.
Papito, cha cha cha.*

—Cuerno —gruñó.

Se interrumpió en seco, terminó de hacerse el nudo y trasladó a los bolsillos del traje lo que contenían los del que se había quitado. Con la pistola en la mano se detuvo un instante. Había ocasiones en que ir armado significaba salvar la vida, pero otras en que equivalía a condenarse a muerte. ¿Qué sería lo que le esperaba?



Por fin metió la pistola en la funda axilar: se sentía como desnudo sin ella, y a nadie tenía ya que engañar fingiéndose inofensivo. El general Cabrera le había indudablemente desenmascarado. La muerte de Mostaza alteraba por completo la situación.

Bajó y salió a la calle. La noche se cernía sobre la ciudad. Las luces de ésta no conseguían empañar el brillo pasmoso de las estrellas en el cielo tropical. El calor había menguado.

Encontró un taxi en la esquina.

—¿Conoce un lugar llamado «El Círculo Mágico»?

—Por supuesto, señor.

—Vamos.

Estaba en las afueras, en los confines de la manigua. Antes de llegar ya se veían sus resplandores polícromos y se escuchaba su música. Un gran círculo rojo aparecía entre las palmeras. Había muchas cocheas en la inmediata zona de aparcamiento.

Digby despidió el taxi y entró. El ambiente era de una comodidad y una sensualidad como de harén egipcio. Ninguna luz resultaba lo suficientemente intensa para molestar. Ningún sonido discordaba. La temperatura era exactamente la que debía ser. Todo armonizaba: vegetación, mesas, sillas, colores, camareros, y hasta público.

La gente cenaba. Una música perezosa, con un sordo acompañamiento de tambores, acompasaba en la pista las evoluciones de una bailarina negra. Digby la miró. Merecía que la mirasen. Era la clase de negra en la cual el color de la tela de cualquier vestido estropea el efecto del color de la piel. En cuanto a su baile, era la clase de baile que exigía el lugar.

—¿Mesa, señor?

Digby posó sus ojos en el camarero, casi sin verle.

—No lo sé.

—¿Mesa de pista? El espectáculo acaba justamente de empezar.

—No tengo apetito —dijo Digby con desgana—. Ni sed. Ni me gustan los espectáculos.

Prefiero otra cosa más estimulante.

El camarero enseñó los dientes en una gran sonrisa.

—¿Es la primera vez que viene al «Círculo», señor?

—Soy un recién llegado a la ciudad.

—Perfectamente. Sígame, señor.

Condujo a Digby al edificio que cerraba el recinto al aire libre por un costado, un edificio cuya forma, debido a la disposición de las luces, apenas se percibía. El interior estaba refrigerado y había un gran bar. Luego, una puerta. Luego aún, un recoleto salón a media luz, con sillones verdes. El camarero empujó otra puerta y la mantuvo abierta en la actitud servil de quien espera una propina.

—¿Esto es todo? —preguntó Digby.

Al abrir la puerta se había hecho audible un continuo y excitado

rumor de voces. Más allá, numerosas personas se hallaban reunidas en torno a una vasta mesa de *craps*. Sonó distintamente el rodar de los dados.

—¿Acaso no era eso lo que usted deseaba, señor? Digby sacó un billete de diez pesos.

—Supongo que no.

—Lo siento —el camarero tomó el billete—. Aquí no hay nada más, señor.

Absolutamente nada.

Digby le miró expresivamente a los ojos. El hombre no mentía. La seguridad de que la propina crecería en proporción a sus revelaciones le hubiera soltado la lengua.

—Está bien, me conformo.

Atravesó la puerta y se aproximó a la mesa calmosamente. En la sala, al fondo, había otro pequeño bar y una igualmente pequeña oficina para el cambio de fichas y dinero. La concurrencia era nutrida, compuesta por mitad de hombres y mujeres. Aproximadamente el sesenta por ciento eran norteamericanos, El resto, naturales del país, con su característico aspecto de cóctel de razas mundiales. Parecían llevarse muy bien unos con otros. Bastantes de ellos se conocían y se llamaban por sus nombres. Probablemente eran asiduos del local.

Allí tenía que ser donde, según Mostaza, habían ocurrido «cosas raras»; el feudo de Pablo Kruger.

Digby sonrió. Cambió cien pesos por fichas, pidió un *gin* de piña en el bar y de nuevo, arrastrando desganadamente los pies, se desplazó hacia la mesa. El juego parecía en aquel momento muy animado.

Y no el juego de dados solamente. Podían ser figuraciones suyas, ilusiones optimistas, pero experimentaba desde hacía unos instantes la sensación vivísima de ser vigilado. No podía precisar cómo ni por quién. No obstante, era cierto, tenía que ser cierto que unos ojos invisibles se le hincaban como puñales en la nuca.

Se estremeció. Palpó disimuladamente la pistola. Aquello era, de algún modo, una especie de placer.

Y una espera.

CAPÍTULO V

Dos hombres acababan de entrar en las dependencias del «Círculo» destinadas a oficinas. Uno de ellos, que era negro y casi un gigante, se pasaba el pañuelo mojado en saliva por la mejilla derecha, señalada por dos largas incisiones de las que no cesaba de manar sangre. El otro, ceñudo, se despojaba del correa de uniforme de policía que llevaba puesto. Era un blanco, aunque sus rasgos delataban ascendencia india.

Ambos atravesaron las oficinas en dirección al despacho privado de Pablo Kruger, y se disponían ya a empujar la puerta de aquél cuando vieron encendida la bombillita roja situada sobre ella. Significaba que el dueño del «Círculo» estaba ocupado y había que esperar.

Kruger estaba ocupado, en efecto. Tenía visita. En su despacho, de paredes blancas y mobiliario audaz, se encontraba un hombre joven, de aspecto noble y saludable, cabello castaño y ojos claros, vestido con un immaculado traje de color mantequilla. Kruger le observaba desde su asiento tras de la mesa. Fue él quien habló:

—Vengan esas noticias.

—Esas buenas noticias, Kruger —le corrigió sonriendo el joven—. El gran día está ya muy próximo. El último envío de armas se ha puesto en camino sin novedad y no tardará en llegar aquí. Su sola llegada representará el triunfo.

Kruger no se inmutó.

—¿Has revisado ese cargamento?

—Personalmente. Está todo conforme: fusiles automáticos y ametralladoras ligeras de primera calidad, modelo de este mismo año. Hay municiones de sobra. Antes de una semana podremos saludar en ti a Pablo Cabrera, nuevo presidente de la República.

Kruger entornó los párpados. Veía la escena. Lo que durante tanto tiempo había parecido un sueño estaba a punto de convertirse en realidad. Un nuevo presidente de la República. Dos, tres días más, y el anónimo general Cabrera se arrancarla victoriosamente la máscara que le ocultaba al mundo. Su nombre sería el grito de rebelión al cual se alzarían cuarenta bandas armadas. Toda la población indígena le seguiría de grado o por fuerza.

La voz del joven le sacó de su abstracción:

—Tal como ordenaste, las patrullas atraen la atención de los soldados en el sur y en la costa oriental. No hay ni asomo de vigilancia en el ferrocarril. Las armas serán enviadas sin obstáculo.

—Buen trabajo —admitió Kruger—. ¿Eso es todo?

—Por ahora.

—Retírate a descansar, entonces. Pero no te alejes de aquí ni te exhibas en público.

Eres demasiado conocido en la ciudad.

—Como quieras.

Apenas su visitante hubo salido, Kruger se levantó y se aproximó a la pared de su izquierda, donde estaba fijado un gran mapa del país. Sus ojos tenían un brillo especial mientras lo contemplaba. ¡Sería tan sencillo! Un gesto, un discurso, un arranque de violencia, ¡y el fanatismo del pueblo impulsaría su causa con la furia de un huracán!

Por dos veces golpearon discretamente la puerta.

Kruger volvió la espalda al mapa y, todavía sumido en una especie de éxtasis, regresó a la mesa y apretó un botón. La cerradura de la puerta emitió un zumbido. La hoja giró lentamente.

El éxtasis se desvaneció en cuanto Kruger vio quiénes eran los recién llegados.

—¿Vosotros?

—Jefe —dijo el gigante negro—, tenemos que hablar.

—¡Imbéciles! ¡Habéis desobedecido mis órdenes! ¡Os dije claramente que bajo ningún pretexto vinierais aquí si no os llamaba!

El negro se adelantó, confuso.

—Es que... han sucedido cosas imprevistas... y hemos decidido avisarle.

—¡Habéis fracasado!

—¡No, no! El hombre está más muerto que mi abuela, y mi abuela la enterré yo mismo hace quince años, conque ya ve.

—¿Y la chica?

—Al principio escapó.

—Machaco, te juro que...

—No deje que se le arremoline así el carácter, jefe —protestó el negro—. La palomita está ahora en nuestro poder, bien guardadita en la jaula.

—¿Qué le ha pasado a tu cara?

Fue el sujeto vestido de policía quien explicó:

—Machaco es demasiado blando para las uñas de esa chiquilla. El negro se mostró azorado.

—¿Blando? —Gruñó—. ¿Blando, idiota? ¡Lo que tenía era miedo de que se me deshiciera entre los dedos si la tocaba!

—¡Basta ya! —exclamó Kruger—. ¿Qué demonio ha ocurrido? Si la chica escapó, ¿ha hablado con la policía?

—No —dijo Machaco—, no, ¡qué va! Hizo algo extraño. Se fue directamente al Hotel Internacional. Allí se hospeda un gringo que antes había estado hablando con el viejo.

Kruger enarcó las cejas.

—¿Un gringo? ¿Qué gringo?

—No sé, un gringo. Octavio se ocupó de seguirle cuando salió de la ferretería. Digo yo que por casualidad, los dos coincidieron en la plaza del Progreso con lo de la bomba. El gringo ayudó a los heridos y luego se lo llevaron los militares.

—¿Por qué se lo llevaron?

—No tengo la menor idea, jefe.

—Sigue.

Machaco, ruidosamente, tragó saliva.

—Pues la chica fue al hotel y se quedó allí, y en cuanto el gringo salió entramos a por ella. Fue fácil sacarla —el negro emitió una risa de conejo—. La pobre...

—¿Qué?

—Estaba muy graciosa con su vestidito blanco. Procuramos no ser demasiado groseros con ella. Yo no lo fui, ¿verdad, Tito?

—Calla, hipopótamo —replicó el hombre ataviado de policía—. Ese gringo se llama Digby Owen, jefe. Ha llegado hoy.

—Y se ha mostrado muy activo, según veo —murmuró,

pensativo, Kruger.

Un zumbador rompió súbitamente a sonar en la mesa. Kruger abrió uno de los cajones de ésta y dejó al descubierto un cuadro de mandos en el cual una luz diminuta emitía destellos. Movi6 una clavija y los destellos cesaron. Cogi6 un micrófono. Inmediatamente se oy6 una voz que decía:

—Hay un pájaro de mal agüero junto a la mesa de *craps*, jefe.

—¿Y bien?

—Es un yanqui. Nunca le había visto aquí. Finge arriesgar unas fichas de vez en cuando, pero en realidad está más alerta y despierto que un puma cazador. No le interesan los dados, sino la sala.

—Vigíladle hasta que yo os avise.

Kruger cortó la comunicación y pulsó uno de los diversos botoncitos del cuadro. Una a modo de pantalla de televisión se iluminó en la pared. En ella se veía perfectamente la sala de juego. Digby Owen estaba junto a la mesa donde, se echaban los dados, tal como anunciara la voz. Fumaba un cigarrillo. Su mirada escrutaba en aquel momento el bar.

El gigante negro, que había vuelto a la tarea de acariciarse con el pañuelo la mejilla, abrió mucho la boca y le pegó a su compañero un codazo que estuvo a punto de derribarle. Luego señaló con su grueso índice la pantalla.

—¿Me engañan los ojos, Tito?

El hombre vestido de policía guardó un instante de silencio. Después asintió. Dijo:

—Jefe.

—¿Qué hay de particular?

—Ese tipo es el gringo amigo de Mostaza y de su hija.

Kruger examinó detenidamente la imagen de Digby, pero no pronunció ni una palabra.

Tito añadió:

—Se necesita haber perdido el juicio para venir aquí.

—No ha perdido el juicio ni ha perdido nada. —Kruger, meditabundo, se pellizcaba el labio—. Son demasiadas las cosas que coinciden en ese hombre. Probablemente sabe muy bien lo que busca; o sea, mucho más de lo que nos conviene que sepa.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ya veremos.

—Rebanarle el cuello en cuanto salga —sugirió Machaco.

—No digo que no. Pero, de momento, bajad a la sala y mandad aviso a Botella de que le permita ganar un montón de pesos. No resistirá la tentación de aprovechar la suerte, y luego, si se marcha con un buen bocado, a nadie le sorprenderá que su cadáver aparezca junto a la carretera o en algún callejón con los bolsillos vacíos. La policía dirá que le mataron para robarle.

Machaco lanzó un juramento admirativo.

—Jefe, es una idea estupenda. Si un día se propusiera usted que la policía bailase un porro en su honor, apuesto a que lo conseguiría. Hace de ella lo que quiere.

Kruger rió y le palmeó la espalda.

—Querido Machaco, la policía no me inspira ningún temor. Nadie me lo inspira ya. El gobierno es demasiado estúpido para sospechar la verdad, pero el gran momento está tan cerca que no podemos arriesgarnos a que cualquier nadería ponga en peligro nuestros planes.

—Jefe —intervino Tito, que prestaba más atención a la pantalla que a las baladronadas de Kruger—, al gringo van a llegarle los dados.

—Muy bien, corre a prevenir a Botella. Machaco, tú te encargarás de él cuando salga. Llévate a alguien que te ayude. Encontrarás a Luis Mostaza en los sótanos, si le necesitas.

Tito abandonó rápidamente el despacho. El negro dijo:

—Me da pena llevarme a Luis. No trabajaré a gusto junto a un huerfanito. Los ojos de Kruger llamearon.

—¡Cuidado con que se te escape en su presencia una palabra sobre el asunto de su padre! ¡Te acordarás de mí! ¡Te juro que te acordarás!

—Me acuerdo siempre, jefe —repuso Machaco. Y salió.

Kruger se sentó cómodamente frente a la pantalla. La expresión de enojo se borró de su cara y fue sustituida por una dura sonrisa. Esperaba con deleite el espectáculo que iba a presenciar.

CAPÍTULO VI

Digby nunca había tenido suerte en los juegos donde el dinero constituye objetivo principal. Por ello cuando después de haber apostado veinticinco dólares a *pass*, vio que los dados que había arrojado rebotaban en la banda de goma de la mesa y marcaban once, aceptó el hecho de haber ganado sin la menor fe. A los pocos minutos, empero, su indiferencia se había convertido en sorpresa. Había sobrevivido a cuatro tiradas y su apuesta inicial sumaba ya una cantidad considerable. Entre los jugadores que le rodeaban estaba produciéndose un movimiento de expectación.

Tiró una vez más, y ganó. Entonces cedió los dados.

—No sea insensato —le dijo un norteamericano carirrojo situado junto a él—. Ahora está caliente. Siga, ¡siga! ¡Nadie había dado todavía cinco pases esta noche!

—No —repuso Digby—. Es un presentimiento.

Era un presentimiento, pero no de la clase que sus palabras parecían indicar. Tenía una sospecha. Casi la confirmó cuando el *crupier* recogió los dados para entregarlos al jugador siguiente, aunque no quedó entonces convencido del todo. Si el hombre hizo lo que él suponía que haría, fue tan rápido y hábil que escapó a su atención.

Porque Digby estaba seguro de haber jugado con dados lastrados, a su favor. Él *crupier* debía cambiarlos por otros normales en cuanto él pasara, pero esto, aunque lo esperaba, fue lo que no alcanzó a distinguir.

Alguien había dispuesto las cosas de modo que ganase. Increíble. ¿Le confundían con otro? ¿O era una innoble trampa? ¿Aguardarían a que hubiera acumulado una cantidad importante para entonces acusarle de haber cambiado los dados? ¿Con qué objeto harían

semejante cosa?

Los restantes jugadores consumieron su turno con suerte normal. A Digby le llegó de nuevo la vez. Y ahora sí, ahora lo vio. El *crupier* cogió los dados antes de pasárselos. La mano con que los sostenía permaneció una fracción de segundo oculta tras el borde de la mesa. No era una casualidad. Estaba hecho adrede. Un hombre diestro no necesitaba más para sustituir los dados por otros.

El límite de la casa eran cien dólares, y Digby colocó los cien a *pass*. A su alrededor se produjeron murmullos. El norteamericano carirrojo secundó su apuesta con veinticinco dólares. Una mujer le imitó.

Digby tiró y ganó.

La mujer lanzó un chillido de alegría. Digby volvió a tirar y a ganar.

—Es suficiente.

La sensación de peligro que experimentaba era tan viva que se le erizaban los cabellos de la nuca. Todos estaban pendientes de él. Sin embargo, no eran aquellas personas ni su interés lo que le inquietaba. Era el interés de otra persona que permanecía invisible a la cual no había conseguido localizar pese al empeño con que escrutó la sala.

—¡Siga, hombre, siga! —exclamó el de la cara roja, excitado—. ¡Santo Dios, si yo estuviera en su pellejo! ¡En la vida no tuve más que una ocasión así, en Chicago, y reuní como para retirarme de los negocios! ¡Siga sin temor!

—Es suficiente —repitió Digby.

Hubo desencanto general cuando recogió sus fichas y se apartó de la mesa. El *crupier*, un hombrecillo nervioso y atildado, le dedicó una sonrisa en respuesta a la propina que le dejó al pasar. Digby le miró a los ojos. Eran unos ojos muertos, sin la menor expresión. No decían nada.

Fue a la correspondiente ventanilla y cambió las fichas por billetes: cerca de doce mil pesos. Una fortuna.

Se dirigió al bar.

Un hombre alto, vestido de blanco, que tenía una estrecha cicatriz en la mejilla derecha, estaba mirándole desde allí. Había algo notable en él. No podía definirse bien, pero era una especie de aire de dominio, de aplomo autoritario, o quizá una seguridad

absoluta de sí mismo. Rebosaba fuerza, energía, tanto física como moral: se notaba en su actitud, en los sólidos rasgos de su cara y, sobre todo, en sus ojos. Digby, al aproximarse, sintió que aquellos ojos helados, duros, claros, le perforaban como barrenos. Unos ojos muy distintos de los del *crupier*. Unos ojos que decían mucho.

El hombre rompió a hablar inopinadamente:

—Parece que la suerte le ha sido propicia, señor. En nombre de la casa le agradezco que se haya retirado tan pronto. Una buena racha es una buena racha. Pudo costarnos un dineral.

Digby se detuvo frente a él. Ahora sabía a qué atenerse. Ahora sabía ya quién era aquel hombre.

—¿Se lo costará si vuelvo mañana?

—La suerte es loca.

—Pero usted no, señor Kruger.

Kruger saludó rígidamente con la cabeza.

—Espero tener el gusto de verle de nuevo.

—Lo tendrá.

—Magnífico. ¿Puedo advertirle que la situación no está como para andar por la ciudad de noche y con tanto dinero encima? Me permito aconsejarle que lo deje en nuestra caja y pase mañana a recogerlo.

Digby sonrió.

—El edificio no parece muy sólido. Quién sabe si un cortocircuito no provocará un incendio y lo echará todo a perder.

—Quién sabe, en efecto. Como guste. Buenas noches, señor.

Digby permaneció inmóvil junto al bar mientras el dueño del garito se alejaba. Kruger caminaba con paso largo y firme. Era un hombre todo tensión. Causaba el mismo efecto angustioso que la atmósfera cargada de electricidad que precede a una tormenta.

Lentamente, Digby anduvo después a través de la sala, salió de ésta, pasó por el salón de las butacas verdes, por el gran bar, y se encontró en el recinto al aire libre. El espectáculo había terminado. La gente bailaba. La orquesta tocaba con extraña dulzura:

Cha cha cha, papito, dímelos. Cha, papito.

Papito, cha cha cha.

—Es una maldición —dijo el norteamericano en voz alta—. Una auténtica maldición. De no ser por la música, se hubiera quedado un rato más en el bar o en una mesa.

Allá, en el bar, vio a la negra que bailaba cuando él llegó. Ahora reía de lo que le contaba un viejo que lucía un brillante en la corbata. Iba vestida de color salmón. No era el color lo que no le sentaba. Era el vestido.

Digby se encogió de hombros y abandonó el local a través del gran aro de luz roja que circunscribía su puerta.

—Un taxi —dijo al portero.

—Ay, señor, que es muy temprano —replicó éste.

Ay, señor, que no ha venido todavía ninguno. Tendrá que esperar mientras lo pido por teléfono.

Digby miró a lo largo de la avenida que llevaba al centro de la ciudad. Hacía una noche maravillosa, tranquila, no demasiado cálida. Las estrellas brillaban apasionadamente.

—No es necesario. Iré a pie.

Echó a andar sin prisa por debajo de la majestuosa hilera de palmeras. Soplaban una brisa apenas perceptible, que inundaba el olfato con el perfume de la vegetación y de las flores tropicales. Digby se estremeció de placer. Pensó de pronto en Mara Mostaza. Se dijo que no era raro haber pensado en ella. En ella o en cualquier otra mujer. Había como una tibia y delicada cualidad femenina en el ambiente.

Los altos focos del alumbrado público estaban muy espaciados en la solitaria avenida: así se veían mejor las estrellas.

En cambio, no se veían otras cosas. A la mitad del camino entre uno y otro de los focos, en el punto más oscuro, un hombre surgió de las sombras. Era enorme. Sus hombros formaban una auténtica barrera. Los brazos le colgaban separados del cuerpo, con las manos abiertas y un poco extendidas hacia adelante. Manos negras. Una mancha también negra ocupaba el lugar de su rostro.

El gigante se preparaba al ataque, evidentemente, pero de forma tan teatral, tan de aventura infantil, que ni siquiera parecía peligrosa. Digby dudó entre desenfundar la pistola y retroceder. Optó de momento por lo segundo, y al dar el primer paso oyó un suave rumor a su espalda. Se volvió a tiempo: otro hombre le acometía por detrás. La escasa luz arrancó un destello a la hoja de

un machete. La aventura había perdido de pronto todo su infantilismo.

Aunque Digby sacó su arma, lo hizo demasiado tarde. Durante la fracción de segundo que dedicó a descubrir y situar al hombre del machete, el otro, el gigante, arrancó hacia él como un rinoceronte. Desarrolló una velocidad increíble. Digby recibió su pavoroso impacto mucho antes de lo que esperaba, y súbitamente se encontró sin pistola, arrollado por una furiosa mole de músculos y con la garganta aprisionada por un brazo de acero.

—Quieto, Luis, es mío —oyó murmurar.

Asió con ambas manos aquella barra rígida que le apretaba inexorablemente y quiso voltear a su enemigo, pero no lo consiguió. Se hallaba prácticamente inerme ante la fuerza sobrehumana del coloso. Éste, por añadidura, debía de conocer los recursos de la lucha, pues le había apresado de tal modo que le impedía utilizarlos. En seguida comenzó a faltarle el aire. Notaba que la glotis se le hundía, que se le iba a romper como si fuera de cristal. Le zumbaban los oídos. La sangre descargaba tremendos golpes en sus sienes.

Con un esfuerzo agónico, poniendo en ello su rabiosa desesperación, Digby golpeó con el tacón hacia atrás. Fue suerte más que otra cosa: alcanzó al gigante en un punto sensible y advirtió que, involuntariamente, se encogía un poco. Entonces repitió el primer intento. Se dobló hacia adelante y le volteó. Lo había hecho en un estado de auténtica inconsciencia, pero su enemigo perdió el equilibrio, describió un arco con su corpachón y se estrelló ruidosamente contra el suelo.

El hombre del machete, empero, no esperaba sino aquello para intervenir. Digby vio brillar la hoja a unos centímetros de su cara. Se apartó. Era inútil. No tenía tiempo ni de respirar una vez. Cazó al vuelo, sin saber cómo, la mano armada, y la retorció. Afortunadamente para él, su segundo enemigo era un ser de vigor normal. Le ovó gemir. El machete había desaparecido. El hombre quiso defenderse con un cabezazo y Digby le negó en la boca con el puño. Tuvo por un instante su rostro tan próximo que las facciones se le aparecieron como a través de una lupa. Esto le deparó una sorpresa: aquel rostro se le antojó familiar.

El gigante se levantaba pesadamente del suelo. Digby le aplicó

un rodillazo al vientre a su actual enemigo y se hizo a un lado. El hombre se derrumbó de un modo blando y silencioso.

El otro, en cuanto estuvo en pie, repitió su fulminante ataque, pero ya ahora Digby, enardecido por el momentáneo triunfo, no era presa fácil. Esquivó dos veces la acometida, porque necesitaba ver con claridad y recuperar fuerzas. Luego, la tercera vez, aguantó. Al oír el bestial resoplido del gigante junto a su oreja, levantó el puño como una catapulta. Sabía golpear, por supuesto. La nariz del negro chasqueó horriblemente al destrozársele el cartílago. El hombre se tambaleó, cegado, giró sobre sí mismo y chocó contra una palmera. Digby no le dejó en paz. Era su gran ocasión. Disparó nuevamente sus puños, acompañándolos del peso de su cuerpo. Incrustó primero el izquierdo, luego el derecho, en la mandíbula del gigante. Un crujido espeluznante le indicó que el hueso se había roto.

Pero el negro permaneció firme. No era un ser humano, era una roca. Nadie hubiera resistido aquello. Digby, que conocía la medida de sus propias fuerzas, sintió que un sudor frío le perlaba la frente. Los golpes que había descargado eran cuanto podía dar de sí y, pese a ellos, su enemigo volvía a la carga resollando como un animal. Nunca lograría vencerle. No podía hacer otra cosa que escapar.

Retrocedió vigilándole atentamente, pero su proyecto se frustró. Al caminar de espaldas tropezó con el cuerpo inmóvil del hombre del machete. Perdió el equilibrio. Se encontró repentinamente en el suelo y se dio un violento testarazo contra el asfalto. Comprendió al instante que aquello podía costarle la vida, porque ya el gigante emprendía su ataque y, si bien cegado por el dolor, toda su actitud reflejaba la más ansiosa voluntad de matar. Su ciclópea mole se arrojó en plancha. Aquel rabioso salto tenía que decidir la contienda.

Digby obró por puro instinto. Ya no raciocinaba. Rodó por el suelo. Se encontró casi en pie en el momento en que llegaba sobre él la rugiente y ensangrentada masa de músculos. La pateó desesperadamente. El negro quiso revolverse y cayó en extraña posición. Su propio peso tuvo la culpa de lo que ocurrió después. Sonó un tétrico ruido, un ruido profundo, breve y seco. El gigante produjo un corto estertor y se quedó quieto de repente, tendido allí, ¡muerto! Digby comprendió con asombro que se había desnucado.

Estaba todavía atónito, contemplando el cadáver, cuando se dio

cuenta de que unos focos iluminaban el escenario de la lucha. No los había visto hasta entonces. No hubiera podido decir si acababan de aparecer o llevaban de aquel modo mucho rato.

Bajo los focos, en el asfalto, lucían el machete y la pistola. Digby dio unos pasos y se agachó para recoger ésta.

—¡No toque el arma! —le ordenó una voz—. ¡Manos arriba!

Obedeció. Quienquiera que se hallase tras de los focos no era un secuaz de sus dos atacantes. Caso de serlo, le hubiera matado sin hablar.

Un momento después comprobó que no se había equivocado. Policías. Dos agentes le encañonaban con sus metralletas. Un sargento apareció en el haz de luz. Sin duda se trataba de una patrulla que circulaba por la avenida en un *jeep*, al cual pertenecían los faros.

El sargento preguntó:

—¿Qué ha sucedido aquí? ¿Qué ha hecho usted?

—Jugar a las cuatro esquinas con unos amigos —dijo cansadamente Digby—. Son un poco brutos. Nada de particular.

En aquel instante hubiera dado todo el dinero ganado en el garito de Kruger por un buen *gin* de piña fresco.

CAPÍTULO VII

El sargento se aproximó al cuerpo del negro y lo examinó a la luz de los faros. Mientras estaba haciéndolo, el otro hombre, el del machete, que se hallaba a su espalda, debió de recobrar el conocimiento y comprender lo que ocurría, pues súbitamente se levantó.

—¡Cuidado! —gritó Digby.

En el preciso momento en que el hombre echaba a correr, disparó uno de los agentes su metralleta. Apuntó muy abajo. El hombre cayó de bruces y empezó a blasfemar.

El sargento miró en torno con los pulgares prendidos en el correaje.

—Este tipo ha muerto —anunció. Dio unos pasos hacia el otro—. ¡Cállate, tú, cochino!

¡Salustio!

—Mándeme —contestó el guardia que había disparado.

—Lleva a este hereje al coche —el sargento avanzó de nuevo hacia Digby, con una expresión de perplejidad en la cara—. Usted, amigo, se vendrá con nosotros. No se mata a un hombre jugando a las cuatro esquinas.

Digby dijo:

—Depende del modo de jugar.

Luego, encañonado por una de las metralletas, presencié cómo Salustio y el sargento se derrengaban cargando el enorme cadáver del negro en la trasera del *jeep*. El otro individuo había callado y, encogido sobre sí mismo, se oprimía con ambas manos una pierna de la que manaba sangre. En todo aquel tiempo no pasó ni un solo coche por la avenida.

Después, el *jeep* arrancó en dirección a la ciudad. A los pocos

minutos habían llegado al Cuartel Central de Policía, y Digby era conducido ante el inspector de guardia. El sargento se explicó. El inspector, que tenía cara de rata, mascó rítmicamente un cigarro apagado mientras duraron las explicaciones. El movimiento de sus mandíbulas resultaba obsesionante.

El machete y la pistola fueron colocados encima de la mesa. El inspector apenas los miró.

—A ver quién es el pajarraco —dijo.

El sargento le sacó a Digby el pasaporte.

—Ujú. Un gringo recién llegado. Mal empieza.

—Hable.

—Avisen al coronel Urkakov —pidió Digby. El inspector le miró fijamente.

—El coronel Urkakov no pinta nada en este asunto.

—Le digo que le avise.

—¿Quién da órdenes aquí?

—¡Avisé al coronel de que Digby Owen quiere hablarle, o se arrepentirá de no haberlo hecho!

El inspector se mordió los labios. Consultó su reloj. Por fin descolgó el teléfono.

—Ponme con el domicilio de Urkakov —dijo a la centralilla.

La conversación fue breve. El inspector la terminó con el entrecejo fruncido. La mirada que fijó en Digby expresaba desconcierto.

—Dice que viene. ¿Sabe usted rezar?

—Sí.

—Pues rece, porque lo necesita —hizo una seña imperiosa al sargento—. Llévale al cuerpo de guardia y que no le quiten ojo. Quiero ver al muerto y al herido, mientras tanto —se levantó—. Me da en la nariz que esta historia traerá cola. Casi me alegra que venga Urkakov.

—Desde el principio lo pensé —asintió el sargento—. Cola larga...

Condujo a Digby al incómodo y maloliente cuerpo de guardia y le dejó bajo la custodia de dos centinelas.

Media hora después regresaba en su busca.

—Camine.

Su tono no expresaba el menor respeto.

El coronel Urkakov llenaba el despacho del inspector con su generoso volumen. Ponía cara de pocos amigos e iba ligeramente despeinado.

Digby observó que también el hombre del machete estaba ahora allí. Le habían vendado la pierna. Se mostraba impávido como un indio, pero no era un indio. Examinándole de cerca y a plena luz, le acometió de nuevo la extraña sensación de haber visto en otra parte sus facciones. Eran unas facciones correctas, varoniles, que traslucían una sorprendente dignidad; por descontado, no las facciones que uno atribuye a un asesino a sueldo.

—Le advertí que se pusiera algodón en las orejas, señor Owen —dijo rudamente el coronel—. Ahora me doy cuenta de que debí advertirle mucho más. Quizás en los Estados Unidos matar a un negro no constituya un crimen, pero aquí sí. Y lo mismo poseer una pistola sin licencia.

—No diga tonterías —replicó Digby—. ¿Puedo hablar con usted a solas? Urkakov entornó los párpados.

—Suponga que no puede.

—Peor para usted.

—Está bien —el coronel desplazó su poderoso abdomen—. Vamos a mí despacho.

Hablar a solas —añadió sarcásticamente— es mi mayor debilidad.

Hizo que Digby le precediera hasta la habitación a que fue conducido aquella tarde después de la explosión de la bomba en la plaza. La lata de cerveza continuaba sobre el escritorio. Vacía, según Urkakov comprobó con una mueca de disgusto.

—Bien, estamos a solas. Empezé su canción. Digby dijo lentamente:

—Ha llegado la hora, coronel, en que la mutua colaboración entre usted y yo resulta imprescindible.

—No sé quién es usted.

—Capitán Digby Owen, del Departamento de Seguridad Exterior de los Estados Unidos.

—No bromea, por supuesto.

—¿Qué le parece?

—Credenciales.

—No tengo. Desde Washington han prevenido al embajador para

que, en caso de apuro, responda de mí. Póngase eh comunicación directa con Washington si eso no le basta.

Urkakov se arrellanó en su sillón. Pasó casi un minuto completamente inmóvil, con los ojos fijos en el rostro de Digby.

—Por el momento me conformo con menos —dijo al fin—: me basta su palabra. Sé juzgar a los hombres. Luego haré las averiguaciones oportunas.

—Gracias.

—Pura comodidad. Pero sobre usted pesa todavía un cargo de homicidio.

—Esos dos individuos me atacaron a la salida de «El Círculo Mágico». Uno se desnucó en la lucha. Creo que es una suerte haber cazado vivo al otro.

—¿Ha puesto las cartas sobre la mesa para librarse de la acusación?

—En parte. Necesito su ayuda.

El coronel se acarició el estómago.

—A ver.

—Mis instrucciones, cuando llegué de Washington, se limitaban a establecer contacto con un hombre llamado Mostaza. Lo hice. No sé si fue un mal paso o no, pero alguien me siguió apenas salí de su casa, y poco después Mostaza murió asesinado. Esto me ha dejado en el aire. He pensado, como si dijéramos, que usted debe de saber dónde puedo comprarme unos calcetines cuando me hagan falta. Estoy en tal situación que no me atrevo a ir de compras sin un buen cicerone de la ciudad.

—Tal vez acierte —dijo Urkakov, con un remoto brillo en los ojos—. Así que usted visitó a Mostaza poco antes de su asesinato. Así que es posible que le mataran porque habló con usted. Bien, ¿de qué hablaron?

—De envíos clandestinos de armas. He venido desde Washington para interceptar un importante cargamento que ya ha llegado o llegará de un momento a otro. En Washington no estaban seguros de que fuera solamente un rumor. A juzgar por lo que llevo visto, no lo es.

—¿Qué le dijo Mostaza?

—Me encaminó hacia un hombre llamado Pablo Kruger.

—Ya.

El coronel redoblaba con los dedos sobre su abdomen como si fuera un tambor. De pronto, por el compás de aquellos dedos, Digby adivinó cuál era la música que cantaba mentalmente:

Cha, papito.

Papito, cha, cha cha.

Procuró no mirarle.

—¿Sabe usted quién es ese muchacho que le atacó en la avenida de América, el que ha salvado el pellejo? —preguntó Urkakov en un tono raro.

—No —repuso Digby, sorprendido.

—Se llama Luis Mostaza.

El agente norteamericano contuvo la respiración. Luis Mostaza, ¡el hijo del ferretero muerto! ¡Naturalmente! ¡Era su cara lo que le recordaban sus facciones! ¡Se parecía a su padre como una gota de agua a otra!

—Santo Dios, no es posible.

—¿Usted cree? —dijo mordazmente el coronel—. Lo que no es posible, amigo, es que yo vea claro en su historia. Usted pretende darme a entender que a Mostaza lo asesinaron sus enemigos comunes. Vamos a suponer que se trata de los partidarios de Cabrera, a quienes están destinadas las armas que, con ayuda de Mostaza, usted quería interceptar. Perfectamente. ¿Por qué, entonces, el hijo de Mostaza ha intentado matarle?

¿No será por vengar a su padre? ¿No será porque fue usted mismo quien mató a su padre o lo hizo matar?

—¡Oiga! —exclamó Digby.

—¿Y bien?

—Está usted en la luna.

—No tanto como usted supone. Sé perfectamente quién era Mostaza, conozco su historial y el de su hijo. Luis es un fanático revolucionario. Sale a su padre. El viejo hubiera degollado muy a gusto a cuantos firmaron, en su día, los tratados comerciales entre los Estados Unidos y este país. No me obligará usted a admitir que ahora se había colocado del lado del gobierno y prestaba ayuda a un agente secreto norteamericano.

Digby tragó saliva. Comprendía que, desde su punto de vista, Urkakov tenía razón y que la acusación contra él resultaba absolutamente lógica. Pero las cosas eran mucho más complicadas.

—Alguien le explicará todo eso mejor que yo.

—¿Quién?

—Alguien a quien tendrá forzosamente que creer: la hija de Mostaza.

—Esa muchacha ha desaparecido.

—Se equivoca. Présteme la guía telefónica un momento.

El coronel depositó la guía sobre el escritorio. Digby buscó rápidamente el número del Hotel Internacional, cogió el teléfono y lo marcó. Le contestaron enseguida.

—Con la señorita Mostaza. Habitación quince.

Escuchó lo que le decían desde el otro extremo del hilo y su rostro se ensombreció.

Lentamente devolvió el aparato a su horquilla.

—Usted me toma el pelo, coronel.

—¿Yo? —protestó Urkakov.

—O se divierte malgastando el tiempo. A primera hora de esta noche, sus hombres se han llevado a Mara Mostaza del Hotel Internacional.

Urkakov se quedó rígido.

—Delira, señor Owen. ¿A qué hombres se refiere?

—Agentes de policía.

—Hace horas que la policía busca a Mara Mostaza, pero no teníamos, hasta este instante, la menor idea de su paradero.

Digby se puso bruscamente en pie. Estaba pálido.

—¡Júreme que eso es verdad!

—Se lo juro.

—Entonces... esos cerdos asesinos...

—¿Qué le pasa?

—A la hija de Mostaza la han secuestrado los hombres del general Cabrera —dijo.

Digby obscuramente. Apretó los puños. Vamos allá, ¡vivo!
¡Pronto! ¡No hay tiempo que perder!

CAPÍTULO VIII

El conserje nocturno era mucho más flaco y bastante más joven que el diurno. No parecía hacerse cargo de la situación.

—Señor, le digo a usted que eran dos agentes de policía.

—Por Dios, ¡no sea pesado! ¿Cómo eran?

—Me fijé solamente en el que vestía de paisano, porque se quedó ahí, junto a la puerta de la calle. El otro subió en busca de la señorita. Fuera tenían un coche.

—Describa al hombre que esperó en la puerta.

—Oh, no es fácil que pasara inadvertido. Era un negro que medía casi dos metros de altura, ancho en proporción. Un tipazo.

Digby asió del brazo al coronel.

—Usted y yo hemos visto hace poco a ese hombre. Muerto. Urkakov masculló una maldición. Luego añadió:

—Describa al otro.

—No sabría decirle, señor. Era así, corriente, vestido de uniforme. No tenía nada de particular.

—¿La señorita Mostaza se fue con líos de buen grado?

—Me pareció que sí.

—Conforme —a Urkakov se le veía enojado—. Usted se viene con nosotros, amigo.

No se asuste. Se trata de proceder a una identificación.

El conserje abrió la boca.

—¡Señor, yo no puedo abandonar mi puesto a estas horas! ¡Iré con mucho gusto cuando termine el servicio, pero ahora no!

—Ahora sí —replicó el coronel. Y no hubo discusión posible.

En el depósito del Cuartel Central, el conserje reconoció sin titubear al gigante muerto. Era el hombre que aguardó junto a la puerta del hotel mientras el falso policía subía a la habitación de

Mara Mostaza.

Luego le mostraron a Luis.

—No —dijo el conserje—, no era éste. Seguro. No le he visto en mi vida. Urkakov le despidió con un ademán.

—Puede volver a su trabajo. Esto es todo. Digby esperaba con las manos en los bolsillos.

—¿Sigo en posición comprometida, coronel?

—El secuestro de la chica, si hay tal secuestro, no prueba nada. Es más, puede no ser un secuestro, sino un rescate. Puede muy bien ocurrir que fuese usted quien la tenía prisionera, y los hombres de Cabrera quienes la han salvado.

—¿Prisionera en la habitación de un hotel? —preguntó Digby burlonamente.

¿Por qué no?

—Usted no cree una palabra de todo eso. Sea sensato, ¡diantre! Su única posibilidad de conducir esta investigación a un resultado concreto es confiar en mi.

—Y su única posibilidad de descargarse del asesinato de Mostaza y del negro es que yo confíe en usted. ¿Quién sale ganando?

Digby se encogió de hombros con fastidio.

—Muy bien. Decida.

Urkakov guardó silencio. De pronto, dijo:

—Volvamos junto a Luis.

A Luis Mostaza lo habían metido en una celda. Estaba sentado en el suelo, palpándose la pierna herida, parecía muy tranquilo y sereno.

Digby le examinó con curiosidad, preguntándose, hasta qué punto aquel muchacho de aspecto noble e inteligente estaría cegado por el fanatismo. Era monstruoso admitir que se había hecho cómplice del asesinato de su padre y del secuestro de su hermana. No obstante, así tenía que ser. Había solamente dos bandos en lucha: Cabrera y el gobierno.

¿Y qué interés encerraba para el gobierno la muerte de Mostaza y el rapto de su hija? ¿O acaso había entrado una tercera fuerza en acción?

—Criatura —dijo Urkakov con amenazadora suavidad—, venimos a preguntarte tres o cuatro cosas. Será mejor para todos que contestes deprisa y bien.

Luis ni siquiera le miró.

—De mi boca no saldrá nada.

—Saldrá la lengua entera si me obligas a tirar de ella, querido. He tratado a criminales mucho más duros, viejos y expertos que tú. Los he tratado durante años. Ninguno se me resistió.

—Pruebe.

—¿Por qué asaltasteis al señor Owen?

—Supusimos que llevaría dinero encima.

—¿Cómo lo supusisteis?

—Salió del «Círculo». Le seguíamos. Era un gringo y parecía rico. Yo sabía que le sacaría por lo menos doce mil pesos: acababa de ganarlos a los dados. Estaba allí y lo vi.

—Luis, hijo mío —dijo hipócritamente el coronel—, tú no eres un atracador. Tú no necesitas para nada una miseria como doce mil pesos. Inventa otro cuento más original.

—Invéntelo usted, si no le gusta.

—¿Quién os envió contra el señor Owen?

—El destino.

—¿Fue también el destino quien te puso en relación con ese negro? ¿Sabes quién era?

—Un pobre diablo.

—Estaba fichado y ha cumplido dos condenas. Le llamaban Machaco Perales, ¿no es verdad?

—Usted se lo dice todo.

—Diré algo más —asintió el coronel con placidez— tú eres un buen amigo del general Cabrera.

Luis titubeó una fracción de segundo.

—Todos los patriotas lo son —replicó luego abruptamente.

—Muy bien, admitamos que lo sean. Pero hay que sentir un patriotismo como una catedral para ser amigo del propio asesino del padre de uno.

—¿Qué dice?

Urkakov lanzó a Digby una rápida mirada.

—Luis, ¿es posible que no lo sepas? ¡Pero si toda la ciudad habla de ello! ¿Dónde has pasado la tarde y la noche? ¿Quién ha sido el canalla que te ha ocultado la noticia?

Por primera vez parecía Luis Mostaza interesado en la conversación.

—¿Qué noticia?

—Lo siento —dijo lentamente el coronel—. Cabrera ha hecho matar a tu padre. Sus hombres le han acribillado esta tarde a la puerta de su almacén. No puedo creer que no te hayas enterado, criatura.

Súbitamente, el muchacho se transfiguró. Su rostro se puso rojo. Intentó levantarse de un salto, pero le falló la pierna herida y cayó de bruces. Sus ojos llameaban. Ofrecía tal contraste con su desdeñosa actitud anterior que semejaba otro hombre.

—¡Mentira! —chilló—. ¡Cerdo embustero! ¿Cómo se atreve a jugar con una cosa tan sagrada? ¿Cómo se atreve?

—No juego —dijo Urkakov.

—¡Mi padre no ha muerto!

El coronel se encogió de hombros.

—Quédese aquí —le ordenó a Digby. Abrió la puerta de la celda e hizo una seña a los guardianes—. Sacad al muchacho y llevadle al depósito. Mucho cuidado con él —se volvió a Luis—. La vida es amarga, hijo mío —añadió—. Has de ser fuerte. Lo que vas a ver no te gustará, sobre todo cuando pienses que tienes en ello parte de culpa.

Los guardianes levantaron al joven y le sostuvieron en pie.

—¿Adónde vamos? —preguntó él sordamente.

—Soy buen cristiano —repuso Urkakov—. No te niego el derecho de darle a tu padre el último beso antes de que lo bajen a la tumba. Acaso ese beso te sirva para pedirle perdón.

Digby se quedó solo en la celda. Estaba reflexionando. Parecía absurdo, pero la conducta de Luis denotaba verdadera ignorancia respecto a lo ocurrido con el viejo Mostaza. ¿Cómo era posible? ¿Se habría él equivocado? ¿No habría muerto Mostaza por orden de Cabrera? ¿No habría sido secuestrada Mara? Puesto que el gigante negro era un amigo de Luis, ¿fue acaso éste quien ordenó que sacaran a la muchacha del hotel?

Entonces, ¿cómo no sabía Luis que había muerto su padre?

Transcurridos veinte minutos, Urkakov, Luis y los guardianes regresaron. El rostro del joven era del color de la ceniza. En sus ojos ardía una especie de infierno.

—Bueno —dijo suavemente el coronel, cuando el muchacho se halló de nuevo sentado en tierra— ahora ya te has convencido.

—Perro, canalla, asesino —murmuró Luis—, ¡ustedes le mataron! ¡Han sido ustedes!

—¿Por qué nosotros?

—¡Porque era su enemigo! ¡Porque mi padre luchó siempre contra ustedes, traidores, cobardes, luchó siempre, luchó sin desfallecer! ¡Le han matado porque le temían!

—Un momento —intervino Digby. Luis y Urkakov le miraron. Era la primera vez que hablaba desde que entraron en la celda—. Aquí hay una confusión. Su padre, Mostaza, y usted lo sabe perfectamente, no luchaba contra personas, contra unas u otras personas, sino contra el derramamiento de sangre, la injusticia y el ultraje a su país. Es cierto que había combatido al gobierno. Pero ahora la injusticia, la sangre y el ultraje están personificados en el general Cabrera, y era a Cabrera a quien combatía. Yo vine de Washington expresamente comisionado para verle y pedirle ayuda. Le visitó esta tarde. Poco después de haber salido de su casa caía acribillado a balazos.

Luis trató en vano de disimular su asombro.

—¡No le creo! —exclamó—. ¡Qué grotesco, qué vergonzoso! ¡Mi padre nunca le hubiera prestado ayuda a un gringo!

Tranquilamente, Digby sacó del bolsillo el disco de plata que exhibiera en la ferretería ante Mostaza, y lo mostró en la palma de la mano.

—Usted sabe probablemente lo que es esto.

—El Sol Caribe —murmuró Luis.

—No existen más que dos monedas de esta clase en el mundo. Una la poseía su padre. La otra, que es ésta, nos la remitió hace tres meses por intermedio de uno de nuestros agentes. Fue su modo de comprometerse a entrar a nuestro servicio en caso de necesidad. Bastaba con mostrársela, y yo se la mostró esta tarde.

Hubo un largo silencio. Luis había cerrado los ojos. El silencio lo rompió Urkakov:

—Tonto, más que tonto —dijo—. Contésteme todavía una pregunta: cuando el general Cabrera hace prisionera a una muchacha, ¿la trata bien?

El joven se oprimió las sienes con las manos.

—¿Una muchacha?

—Una linda muchacha llamada Mara.

—No. —Luis se estremeció—. No pretenderá... no llegará...

—Al ver morir a su padre —explicó por su cuenta Digby—. Mara comprendió el gravísimo peligro que también ella corría, y vino a pedirme protección. La instalé en el hotel donde yo me hospedaba. Pero era inútil, porque los hombres de Cabrera la habían seguido. Apenas me hube marchado, dos de ellos, valiéndose de un engaño, se la llevaron de allí. Uno de los dos era ese negro, su amigo, el que tan amablemente se ha prestado a quitarme el dinero que he ganado en el «Círculo». Es notable, ¿verdad?, que no le haya contado él la historia.

—Luis no dijo una palabra.

Transcurridos unos minutos, Urkakov preguntó:

—¿De modo que habré de tirarte de la lengua, criatura?

—Déjeme en paz —la voz del muchacho era un apagado murmullo—. Déjeme en paz ahora. Necesito reflexionar. Vuelva mañana.

El coronel hizo a Digby signo de que saliera, y le siguió. Desde el umbral se volvió para decir:

—Volveré mañana, de acuerdo. Pero no reflexiones demasiado. Tu posición es cómoda. Mientras andas por ahí de compadreo con los asesinos de tu padre y los raptos de tu hermana, otros se cuidan de vengar a tu familia. Nosotros, Luis. Un hombre de honor no lo consentiría, claro está. Ahora bien, nunca he oído que nadie afirme que tú eres un hombre de honor. Duerme en paz, si es lo que quieres. Hasta pronto.

Digby aguardaba en el pasillo.

—¿Continúo en entredicho? —inquirió.

—Váyase al diablo —replicó el coronel. Sonreía. Parecía extremadamente satisfecho—. Empiezo a ver claras las cosas —se detuvo para encender un largo y aromático cigarro—. Santo Dios, qué blando y qué imbécil es el chico. Un poco de teatro lo ha convertido en pura mantequilla.

—¿Puedo felicitarle?

—¿Por qué?

—Usted me dijo antes que sabe juzgar a los hombres. Es una verdad a medias. Sabe mucho más que eso.

Urkakov rió.

—¿Esperaba que la emprendiera contra ese infeliz a puñetazos?

¿Métodos norteamericanos? ¡No, hombre! Estoy demasiado gordo para practicar ejercicios físicos.

—Sea como quiera, es seguro que, mañana, Luis recitará de cabo a rabo su lección.

—Se equivoca.

—¡Pero si estaba dispuesto a recitarla ahora a poco que usted hubiera insistido!

—Digo que se equivoca —el coronel sonreía enigmáticamente—. No me interesa su lección. Lo que hará mañana ese muchacho es escapar, y yo le facilitaré disimuladamente los medios. Su corazón rebosa sed de venganza. Apenas se vea en libertad nos conducirá directamente a Cabrera. Es posible, incluso, que nos evite la mitad del trabajo. La mitad más sucia, quiero decir.

—¿Matar al propio Cabrera?

—Exacto.

Digby miró fijamente a su obeso interlocutor.

—Es peligroso. Suponga que Luis Mostaza elude la vigilancia de los encargados de seguirle, o que los hombres de Cabrera le pegan un tiro antes de que haya dado un paso. Por lo que he visto aquí, ambas cosas son perfectamente posibles.

—¿Quiere garantías?

—¿Cuáles?

—Ocupese usted mismo de seguir a Mostaza. Le brindaremos la ocasión de escapar mañana, por la mañana, digamos a eso de las once. Venga usted aquí a las diez y media u once menos cuarto.

—Si he de venir significa que antes de esa hora estaré en otra parte. Creí que pesaba sobre mí una inculpación de homicidio y me correspondía quedarme a dormir en una de las celdas.

—Cuerno, a veces se pone usted pesado —rezongó Urkakov—. Lárguese. No quiero verle más.

Digby se fue.

CAPÍTULO IX

Pablo Kruger enderezó la cabeza cuando sonaron en la puerta de su despacho unos golpes impacientes. Oprimió el resorte que descorría automáticamente el cerrojo. La puerta se abrió. Tito, el hombre que había sacado a Mara Mostaza del Hotel Internacional vestido de policía, entró por ella.

—Empezaba a cansarme de esperar —dijo Kruger. E inmediatamente vio la mueca de preocupación que contraía el rostro del recién llegado—. ¿Qué demonio pasa?

—Luis Mostaza ha sido detenido.

Un profundo surco se grabó en el entrecejo del jefe revolucionario. Sus puños se cerraron sobre la mesa.

—¡Luis es idiota! ¿Cómo ha ocurrido?

—Él y Machaco, cumpliendo órdenes, atacaron al gringo, pero antes de que terminaran su trabajo los sorprendió una patrulla de vigilancia. También yo me disponía a intervenir en aquel momento, porque las cosas se les estaban poniendo feas, y ya no pude.

—Así, ¿el gringo se salvó?

—Sí.

—¿Qué ha sido de Machaco?

—Muerto.

Los ojos de Kruger relampaguearon.

—¡Muerto! ¡Condenación, estoy rodeado de inútiles! ¡Machaco muerto y Luis en manos de la policía! ¿Cómo es posible?

—Es posible porque el norteamericano resultó un verdadero demonio —repuso Tito, ligeramente intimidado por la cólera de su jefe—. Machaco quedó reducido a pulpa entre sus puños antes de que la patrulla llegara, y Luis no se hubiera librado mejor.

—Ese gringo no es más que un hombre.

—¿Quiere decirme qué hombre habría matado a Machaco con — las manos desnudas?

¿O no sabe usted quién era Machaco? ¿No le había visto nunca doblar una viga de hierro como si fuera de goma?

—¡Basta ya! ¡Muy bien, el gringo no es un hombre, es el diablo! ¡Idiota! ¿Tú no pudiste ni siquiera evitar que cazaran a Luis?

—No. Pero no se preocupe, jefe. Luis no es de los que cantan.

—Ya veremos —gruñó Kruger. Hubo un silencio.

—En cuanto al gringo —dijo de pronto Tito—, puede que la astucia triunfe donde fracasó la fuerza de Machaco. Los diablos no me asustan. ¿Quiere que me encargue yo personalmente de él?

Kruger se levantó de su asiento tras de la mesa y comenzó a pasear de un lado a otro del despacho. Dedicó a esto casi cuatro minutos. Luego respondió:

—Encárgate. Toma los hombres que necesites. Pero no falles, o de lo contrario todos lo lamentaremos, ¡especialmente tú!

Los labios de Tito se contrajeron en una sonrisa.

—No necesito a nadie. Tengo un aliado mucho más seguro que los hombres. Déjelo de mi cuenta.

—Adelante —asintió Kruger.

Y palmeó la espalda de su colaborador, como dándole a entender que había terminado la entrevista.

Era muy tarde, era muy honda la madrugada cuando Tito detuvo el «Chevrolet» que conducía a trescientos metros del Hotel Internacional. Todo estaba oscuro y silencioso. La última ronda militar había pasado un cuarto de hora antes.

Tito se apeó del coche y recogió del asiento un bulto. Llevando este bajo el brazo desapareció entre las sombras de una calleja transversal.

Su figura enjuta reaparecía momentos después en la azotea del hotel, dibujada en negro contra las estrellas. Se encogió. De su base semejó nacer una cuerda, que fue descendiendo hasta detenerse a la altura de una ventana.

La negra forma de Tito comenzó a descolgarse por la cuerda. Sus pies no tardaron en posarse en el alféizar de la ventana en cuestión. No había producido aún el menor ruido.

Ni lo produjo. La ventana estaba entreabierta, lo cual le arrancó una casi invisible sonrisa de satisfacción. Agazapado, tomó el bulto

que llevaba consigo y lo introdujo por la abertura. La vaga luz de las estrellas, al hacer esto, le mostró una cama en la que había un hombre dormido. Todo, por el momento, marchaba bien.

El bulto era una cesta de mimbre. Mientras Tito extendía el brazo para meterla en la habitación, la cesta, o algo que estaba dentro de ella, produjo un levísimo rumor, como de roce. Tito volvió a sonreír. Alcanzó a dejar la cesta en el suelo, y enseguida, rápidamente, levantó su tapa, se enderezó, asió la cuerda con ambas manos y comenzó a trepar hacia la azotea sin aguardar el resultado de la operación.

Algo largo y viscoso salió de la cesta y se puso a reptar en siniestro silencio por el pavimento del cuarto...

El sueño de Digby Owen solía ser profundo, pero lo era mucho más cuando, como entonces, había dividido las horas del día con gran intensidad. No obstante, en un momento dado, despertó y abrió los ojos.

Nunca supo por qué. Nunca supo qué era lo que lo había salvado la vida. La verdad es que nunca, tampoco se preocupó de saberlo.

Su despertar fue muy brusco. Muy desagradable. Recobró la conciencia con una agobiante sensación de angustia, con una desesperada llamada a sus sentidos que le advertía de que algo tremando estaba a punto de ocurrir.

Al principio no se movió. Cuando iba a hacerlo, un apagado silbido que sonaba muy próximo le heló la sangre en las venas.

No veía nada.

Luego sí. Era increíble: ¡la forma amenazadora de una serpiente se erguía exactamente junto al lecho!

Digby continuó inmóvil, a sabiendas de que el más leve gesto desencadenaría el ataque del ofidio. El espeluznante silbido se repitió. La poca luz que entraba por la ventana encontraba reflejos en las escamas de aquel cuerpo repugnante. Una mancha oscura surcaba longitudinalmente la chata cabeza triangular.

El norteamericano notó cómo se le helaba el sudor sobre la piel. Jamás había sufrido una pesadilla tan terrible. Los segundos transcurrían más largos, más lentos que horas. Recordó que, al acostarse, había dejado sobre la mesilla de noche su segunda pistola, cargada y montada —la primera quedó en manos de la policía— pero intentar alcanzarla sería suicidarse. La cabeza de la

serpiente se balanceaba ya de un lado a otro, buscando el instante y el lugar propicios para herir.

Digby reflexionaba febrilmente. Una solución. Un recurso. Un ardid que le librara de aquella muerte espantosa. ¿Cuánto tiempo llevaba durando la indescriptible agonía?

¿Cuánto tiempo duraría aún?

De pronto, ante la completa inmovilidad de su presunta víctima, el reptil interrumpió su balanceo y bajo un poco la cabeza. Sólo un poco.

Ahora.

Era la única posibilidad.

«Dios misericordioso», invocó, mentalmente Digby.

Sus dedos, crispados por el horror, atenazaron el borde de la almohada. Tiró de ésta.

La arrojó contra la serpiente al tiempo que se incorporaba de un salto.

El reptil lanzó un agudo silbido y sus ponzoñosos dientecillos hendieron el aire. Su ataque tuvo la velocidad del pensamiento. Para entonces, empero, Digby ya había cogido la pistola. Su pulso era absolutamente firme cuando disparó.

Dos foganazos consecutivos desgarraron la oscuridad. Dos balas alcanzaron de lleno la cabeza del pequeño monstruo. La serpiente cayó al suelo y allí quedó convulsionándose.

En el silencio que siguió a los disparos fue perfectamente audible un murmullo. Era una oración. Los labios del norteamericano la pronunciaban, y temblaban al hacerlo.

Con paso lento e inseguro, Digby se aproximó a la ventana. La cesta abierta, expresiva, estaba en el suelo. La cuerda pendía en el exterior. Ambas relataban por sí solas toda la historia.

En el corredor sonaban pasos y voces. La alarma cundía rápidamente. No tardaron en llover golpes sobre la puerta de la habitación.

—¡Señor Owen! —gritó alguien excitado—. ¿Está usted ahí, señor Owen? ¡Eh, conteste! ¡Abra! ¡Diga alguna cosa!

Digby se estremeció. Fue a abrir tal como estaba, descalzo, en pijama y empuñando la pistola.

—¡Temí, señor, que le hubiera sucedido algo malo! —exclamó el conserje nocturno. Unos cuantos huéspedes, más o menos vestidos,

se apiñaban detrás de él—. He oído disparos... subí corriendo... Diga, ¿qué es lo que...?

Se interrumpió en seco. Había visto la serpiente.

—Una visita más bien desagradable —explicó Digby—. No me coloque el disco de que estas cosas no suelen ocurrir en el hotel, porque ya lo sé, y me alegro. Retire esa porquería de aquí y cámbieme las sábanas. Oh, y envíe a alguien a la azotea para izar la cuerda por donde el dueño de la serpiente se ha descolgado. Si ha de volver, que encuentre las menos facilidades posibles.

—Ugh —articuló el conserje—. Ave María, señor, ¡ha sido un intento de asesinato!

—Una surucucú manchada —dijo un experto desde el corredor.

—¿Una qué?

—Me refiero a la serpiente. Su mordedura mata en diez minutos a un caballo, y en cinco o seis a un hombre.

El conserje sudaba.

—Avisaré a la policía.

—Mañana —opuso Digby—. Mi único deseo es terminar la noche en paz. Haga lo que le he indicado y, si es posible envíeme hielo y zumo de piña. Beber y dormir son las dos cosas mejores para curar los sustos.

—Lo que usted prefiera, señor.

Momentos después se encontraba Digby nuevamente solo. El conserje había ido en busca de las sábanas limpias y apenas se oían los murmullos de la gente que comentaba el suceso y, en el corredor, informaba de las circunstancias a los rezagados. Entonces se acomodó en un sillón y encendió un cigarrillo.

Y entonces, también, el teléfono se puso a sonar.

—Diga. —Digby descolgó el aparato—. Sí, diga. Silencio.

—¡Diga!

Nadie contestó.

El norteamericano esbozó una comprensiva sonrisa.

—Siento comunicarle —dijo— que su serpiente ha causado baja en las filas del ejército de Cabrera. Lo más lamentable es que ha muerto sin morder. Soy Digby Owen y continúo vivo. Otra vez habrá mejor suerte; mejor para mí, me refiero: el dueño de la serpiente, hoy, ha escapado sin un arañazo. El próximo que intente algo dejará, la piel.

Añadió una larga frase acerca de la ascendencia materna del general Cabrera, y colgó.

El conserje regresó acompañado de un somnoliento mozo. Ambos deshacían la cama cuando el teléfono sonó de nuevo.

—¿Qué se le ofrece ahora? —preguntó Digby.

—Le habla el coronel Urkakov —anunciaron al otro extremo del hilo.

El norteamericano miró el reloj. La hora era absurda. Era una hora en que el teléfono no da sino malas noticias.

—¿Qué ocurre?

—El pájaro ha volado.

—¿Luis Mostaza?

—¿Quién le parece?

—Bien, no tienen más que seguirle, y no digo precisamente que le agradezco que haya prescindido de mí. ¿Qué demonio le ha impulsado a precipitar así los acontecimientos?

¿Había algún motivo para no esperar a mañana?

—Ha sido Mostaza quien no ha esperado.

—¿Quiere decir que se ha escapado de verdad?

—¡Cuerno, claro que quiero decir eso! ¿Lo entiende ya?

—¡No es posible!

—Posible o no, ha sucedido.

Digby murmuró una maldición. Luis Mostaza había significado hasta aquel momento la más alta baza en el juego contra el general Cabrera, y ahora era sólo una baza miserablemente perdida. No le había dicho a Urkakov nada al respecto, pero estaba seguro de que Pablo Kruger y su «Círculo Mágico», tal como el viejo Mostaza sugirió, se encontraban muy cerca del anónimo general. La maniobra de hacerle ganar a él a los dados e inmediatamente atacarle era suficiente expresivo. Seguir a Luis hubiera puesto en evidencia los detalles de aquella relación. Era una lástima que el proyecto se hubiese desbaratado.

Urkakov hablaba. De pronto, preguntó:

—Eh, ¿no me escucha?

—No —confesó Digby.

—Le digo que probablemente fui con el chico demasiado lejos. Debía de estar desesperado. Ha conseguido atraerse al guardián con una estratagema, lo ha puesto fuera de combate y ha salido del

Cuartel Central como quien sale de su casa. Exigiré responsabilidades, se lo aseguro. De todos modos, Luis tiene una pierna herida y esto nos ayudará a encontrarle pronto. La alarma ha sido dada.

—Alguien le curará y le ocultará. Dudo que consiga nada por ahí.

—¿Se le ocurre algo mejor?

—Sí, mucho mejor.

—¡Suéltelo!

—Reúna un destacamento de agentes, llévelo a cierto local llamado «El Círculo Mágico» y registre este del tejado a los sótanos. Meta entre rejas a cualquier pieza que capture allí, comenzando por su propietario.

—¿Está loco? —exclamó el coronel—. ¡Eso requiere mucho tiempo! ¡Necesitamos una autorización judicial!

—¡Déjese de zarandajas! ¿Está o no está en peligro el país si estalla la revolución?

¡Pues obre aprisa, porque el hecho de que la revolución estalle tal vez dependa de su rapidez!

—Oiga, Owen —dijo secamente Urkakov.

—¿Qué quiere ahora?

—No desbarremos. La revolución es la revolución. Allanar las propiedades de una persona tan influyente, poderosa y conocida como Pablo Kruger es otra cosa muy distinta. Abra los ojos.

—Los tengo muy abiertos. Kruger acaba de atentar nuevamente contra mi vida, y ha fracasado, y lo sabe. Puede que el fracaso le induzca a poner pies en polvorosa, y quiero echarle las manos al cuello antes de que lo haga. No podemos perder un minuto.

—Fue el viejo Mostaza quien la orientó a usted contra Kruger, ¿no es así?

—Sí.

—Bueno, ¿qué tiene contra él? ¿Qué ha descubierto?

—No he descubierto prácticamente nada. Pero tengo una intuición. Le apueste lo que quiera, ¡lo que quiera!, a que Pablo Kruger y el general Cabrera... ¡son el mismo hombre!

Urkakov no contestó.

Digby depositó cansadamente el teléfono en su horquilla.

CAPÍTULO X

Kruger no parecía furioso, pero lo estaba. Tito, sentado ante él, sabía que era más peligroso que nunca cuando se mostraba así, frío, sereno, distante. Había que tratarle con guante blanco.

—Has fracasado, Tito —decía en tono aparentemente amistoso—, y tu fracaso ha podido costarte caro. En realidad, va a ocasionarnos muchos perjuicios que pudieron evitarse.

—No sé cómo —aventuró Tito—. Nunca hasta ahora falló el sistema, y ni remotamente pude suponer que el gringo escapara a la serpiente. Dormía cuando le dejé el regalo.

—Los detalles inútiles no me interesan. Ha pasado la hora de las lamentaciones, Tito. Las cosas están complicándose mucho más de lo que era de prever. Para colmo, Luis Mostaza ha escapado del Cuartel Central.

Tito lanzó lo que quería ser un alegre silbido de admiración.

—¡Estupendo! ¡Me alegro por Luis! ¿Cómo lo ha logrado?

En seguida, por la expresión de Kruger, descubrió que su alegría y su admiración eran completamente inoportunas.

—Desde luego, no con mi intervención —dijo el jefe—. No nos ha hecho ningún favor fugándose, mal sea porque puede atraer hacia nosotros la policía, inconscientemente... o de propósito...

—¿Luis?

—Sí, Luis.

Tito puso cara de extrañeza.

—Entonces, quizá este lugar, si se le ocurre venir, se convierta en poco seguro.

—No eres tan tonto como parece, Tito. Efectivamente, vamos a abandonar lo antes posible «El Círculo Mágico».

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Pero, jefe, si mañana no se abre el local, o si se abre y se notan irregularidades, despertaremos sospechas. Ya no podremos volver a usarlo.

Kruger sonrió enseñando los dientes.

—Volveremos a usarlo con todos los honores, y mucho antes de lo que la gente se imagina. Tito, despierta de una vez. Nuestra hora está a punto de sonar. Lo único que necesitamos es ganar un mínimo de tiempo y parar los golpes prematuros. Puesto que ha escapado de la muerte, cabe la posibilidad de que el gringo nos relacione con las cosas raras que le pasan y envíe contra nosotros a la policía. Esto hay que evitarlo, de modo que momentáneamente nos iremos de aquí. He dicho momentáneamente, ¿lo has oído?

Tito asintió.

—Habrá que llevarse muchas cosas.

—Falta tiempo. Se me ha ocurrido un sistema para destruir todo lo comprometedor y, a la vez, dedicarles un buen recibimiento a los entrometidos que nos visiten. Mira. —Kruger abrió el cajón inferior de su escritorio y sacó una especie de caja metálica en una de cuyas caras se veía un dial unido a cuatro cables eléctricos—. Esto lo fabricó Carlos Dono. ¿Te acuerdas de Dono? Estaba trabajando en su laboratorio cuando la explosión de uno de sus artefactos lo convirtió en puré.

Los ojos de Tito centellearon.

—Qué idea tan delicada, jefe. Kruger se levantó.

—Guarda para mejor ocasión tus alabanzas y ayúdame a colocarlo en el arca de caudales. Si viene la policía, será lo primero que inspeccionará.

Mientras hablaba, el jefe revolucionario se dirigió a la pared donde estaba colgado el mapa del país. Lo apartó a un lado. La puerta de una caja acorazada quedó al descubierto. Kruger manipuló los mandos unos momentos, tiró del asa y la abrió.

En el curso de los minutos siguientes, él y Tito se dedicaron a sacar papeles y fotografías de los ficheros y del escritorio y a meterlos en el arca. Cuando esto estuvo terminado, Kruger depositó en el interior de aquélla la caja metálica y conectó dos de sus cables entre sí. Los otros dos los sujetó a la puerta con sendas tiras de papel adherente. Comenzó a oírse un

tic-tac

muy rápido, casi un zumbido. Luego, Kruger cerró la puerta del arca y el zumbido se apagó.

—Listo —dijo—. Podemos marchar en paz.

Tilo emitió una risita ahogada. Ambos hombres miraron en torno, como asegurándose que no olvidaban nada, y a continuación descendieron uno en pos de otro a los jardines del club. Ya no había nadie. Estaban apagadas todas las luces. El cielo se iluminaba con los resplandores del amanecer.

Fuera, en la zona de aparcamiento, había un único coche, que era el «Chevrolet» utilizado por Tito para transportar la serpiente surucucú al Hotel Internacional. El hombre se sentó al volante, y Kruger lo hizo a su lado.

—¿Adónde ahora, jefe?

—A la hacienda.

Tito arrancó con delicadeza. El coche embocó la avenida en dirección contraria a la ciudad. La silueta de las palmeras, dibujada contra la luz del alba, resultaba muy hermosa, pero también muy lúgubre.

Transcurrido algún tiempo, Tito preguntó:

—¿Cree usted que encontraremos a Luis allí?

—No lo sé. —Kruger titubeó—. Preferiría encontrarle. Luis representa ahora un peligro que es preciso eliminar, y cuanto antes mejor.

Por un instante, los ojos de Tito reflejaron miedo.

—Jefe, ¿eliminar a Luis? ¿A uno que siempre nos ha sido fiel?

—Lo ha querido la suerte. Esta noche, cuando ha vuelto de la costa, yo hubiera debido informarle de que su padre estaba muerto. Le hubiese dado una versión conveniente del caso, acusando del asesinato a los agentes del gobierno, y él me hubiera creído con facilidad. Pero los acontecimientos se me han adelantado. Dios sabe, ahora, lo que le habrán contado en el Cuartel Central. La sangre, Tito, tiene mucha fuerza, y Luis es todo un carácter. Si se convence de que a su padre lo he liquidado yo, no parará hasta tomar venganza.

Hubo un silencio.

—Está bien —el tono de Tito expresaba inquietud—. Usted manda. Pero permítame decirle que esto no me gusta. Luis es uno

de los pocos que valen algo en la organización.

El jefe se encogió de hombros.

—Valía algo antes de que lo cazaran. En cuanto lleguemos a la hacienda difundirás la orden de suprimirlo a toda costa. Di que nos ha traicionado. Si la policía va al «Círculo», le echaremos la culpa a él.

—Habrá complicaciones.

—Me importan un pimiento.

—Jefe, piénselo bien. Luis es muy popular entre los muchachos. Muchos de ellos no estarán conformes con su muerte.

—¡Cuerno, cállate ya! —gritó Kruger—. ¡Te he dado una orden, y te juro que la obedecerás, o tendré que acordarme de tu último fracaso! ¡Ya veremos si los muchachos están conformes con lo que haga contigo cuando lo sepan!

Tito se estremeció, y el coche describió una pronunciada ése.

—Olvídelo, jefe. Hablaba por hablar.

—Ocúpate de conducir como es debido.

—Sí, jefe.

Momentos después avanzaban por una carretera abierta a través de la manigua. A derecha e izquierda, entre los árboles, docenas de pájaros exóticos saludaban con cantos y revoloteos el amanecer. El aire se notaba impregnado de un intenso perfume.

—No podemos esperar más —dijo súbitamente Kruger. Era evidente que había estado reflexionando—. Tito, ¿por qué esperar si ya se encuentra todo a punto? Tú mismo tendrás hoy el honor de enviar el aviso a las partidas conjuradas. Fíjate en el hermoso día que comienza, ¡fíjate! ¡Es el primer día de la revolución! Grita conmigo: «¡Viva Cabrera!».

—Viva —articuló Tito, sin entusiasmo. Kruger rió.

—¿Te has enfadado?

—No. Pienso en las dificultades. En ese gringo, por ejemplo.

—Del gringo me encargo yo personalmente.

—Recuerde que no es un hombre vulgar.

—Ni yo tampoco.

—Bueno. —Tito suspiró—. Ya veremos lo que ocurre. Por el momento, ni siquiera tenemos suficientes armas.

—Llegarán a su hora.

Hubo un nuevo silencio, muy largo. Cuando el coche abandonó

la carretera por un selvático camino secundario, Tito estaba tarareando para sí:

*Cha, cha, cha, papito, dímelo. Cha, papito.
Papito, cha, cha, cha.*

—¿Qué diantre murmuras? —inquirió recelosamente Kruger. Tito se interrumpió.

—Nada, jefe. Una canción. Una canción de moda.

Un vasto claro de la jungla apareció ante ellos. Había campos y campos de caña, y a la derecha una moderna construcción de madera y piedra rodeada de una tapia que parecía una muralla. Al acercarse, Tito hizo sonar el claxon.

Un hombre se destacó de la puerta del muro, con una metralleta bajo el brazo. Una sonrisa iluminó su cobriza cara.

—Bienvenido, jefe.

El coche entró lentamente en el recinto.

CAPÍTULO XI

Los cuatro *jeeps* poseían sirena, pero no la utilizaban. Avanzaban por la avenida de América con gran rapidez y todo lo silenciosamente que permitía el ronquido de sus motores. Estaban atestados de agentes de policía.

Apenas se detuvieron frente a «El Círculo Mágico», los agentes saltaron a tierra, corrieron, rodearon los jardines con sorprendente precisión. Formaron un cordón en menos de un minuto. Sus armas se hallaban prestas. El aire estimulante del amanecer les daba a todos ganas de apretar el gatillo.

El voluminoso coronel Urkakov se movió más despacio. Acompañado de cinco hombres se dirigió a la entrada principal y franqueó sin dificultad la pequeña cancela que la cerraba más bien simbólicamente. Los jardines, las pérgolas, el estrado de la orquesta, la pista de baile, el bar, todo estaba solitario y triste.

—¡Eh! —gritó en esto una voz cascada—. ¿Qué quieren? ¿Qué buscan?

Un viejo negro apareció. Al encontrarse de pronto ante las bocas de seis pistolas se quedó mudo.

—¿Quién es usted?

—El... vigilante...

—¿Hay alguien más aquí?

—Se... fueron... todos...

Urkakov le volvió sin más la espalda y echó a andar hacia el edificio. Un oficial que le acompañaba dio una orden. Uno de los agentes se llevó al viejo. Los demás siguieron al coronel.

El oficial saltó de un tiro la cerradura de la puerta. Todos entraron. La obscuridad era allí considerable.

—Busquen las luces —ordenó Urkakov.

—Esto parece de verdad tranquilo —dijo el coronel, contemplando el gran bar interior. Señaló la puerta del fondo—. A ver lo que hay ahí detrás. Teniente, tome usted un hombre y suba a inspeccionar el piso. Mucho ojo. Avíseme en cuanto note algo.

Los cuatro policías se separaron en dos parejas para cumplir las instrucciones. Apenas estuvo solo, Urkakov se dirigió al bar, se agachó y pasó su corpachón por debajo del tablero. Con mirada crítica recorrió los anaqueles repletos de botellas. Se detuvo ante una marca de ron. Se pasó la lengua por los labios.

Un momento después había encontrado hielo y soda y los mezclaba con el ron en un vaso de tamaño muy importante. Apuró la mezcla de un trago y se sirvió más. Luego extendió la mano y atrajo hacia sí el aparato telefónico que había sobre el tablero. Marcó un número.

—Señor Owen —dijo—. Habitación catorce, creo que es. La voz de Digby sonó somnolienta:

—Diga.

—Le comunico para su satisfacción que acabo de allanar ilegalmente «El Círculo Mágico». Hay tanta vida aquí como en uno de esos antiguos cementerios de los indios caribes.

—De modo que se decidió.

—Sí.

—¿Puedo unirme a usted?

—Tendrá que darse prisa, pero si llega a tiempo le invitaré a un trago. Se bebe gratis...

¡Oh, aguarde un momento!

Desde su habitación del hotel, Digby oyó cómo el coronel hablaba a media voz con otra persona situada cerca del teléfono. Urkakov añadió enseguida:

—¿Sigue usted ahí?

—Sí. ¿Ocurre algo?

—Ya veremos. El teniente Medina me comunica que ha descubierto una caja fuerte en el despacho de Kruger. Ahora la abrirá. Quizá haya dentro algo interesante.

—Muy bien, voy para allá.

Digby corrió la comunicación. Si no la hubiera cortado, si hubiese esperado algún tiempo, habría captado a través del teléfono el estruendo ensordecedor que conmovió hasta sus cimientos el

edificio del «Círculo». Por entonces se hallaba ya vestido y a punto de tomar un taxi. Demasiado lejos, empero, para ver además el espantoso resplandor que la explosión produjo.

Urkakov, por su parte, sintió como si una fuerza fantástica le extrajese el aire de las entrañas y luego se complaciera en hacerle volar hasta estrellar su enorme cuerpo contra la pared. El techo le cayó encima. En una fracción de segundo, el humo asfixiante del TNT se mezcló con el polvo que levantaron los escombros. Todo quedó en tinieblas. Completamente aturdido como estaba, la única sensación del coronel fue que en alguna parte sonaban gritos de agonía.

Instantes después llegaron desde fuera voces excitadas. Los gritos continuaban, pero cada vez más débiles. El polvo comenzaba a posarse sobre las ruinas.

Urkakov intentó moverse y descubrió que las tinieblas eran sólo una ilusión suya. La luz del alba entraba por un boquete abierto en la pared, mostrando una escena dantesca. El piso superior se había hundido por completo. Cuando el coronel consiguió enderezarse y dar unos pasos entre hierros retorcidos y cemento quebrado, comprendió que se había salvado milagrosamente.

Tuvo que sujetarse a una viga al ver un cuerpo sin cabeza que sobresalía de los cascotes en extraña posición. Otro de sus hombres abría la boca para echar sangre. Indudablemente quería chillar, o quería gemir, pero eran sólo borbotones de sangre lo que brotaba de sus labios.

Urkakov crispó los puños, impotente ante aquel cuadro pavoroso, y perdió el conocimiento.

Despertó fuera, en la avenida, tumbado en el asfalto, tosiendo y escupiendo ron. Lo primero que vio fue la cara contraída de Digby Owen, que era quien le daba de beber. Casi no la reconoció. Los rasgos del norteamericano parecían tallados en granito, tenían una dureza que infundía instintivo respeto.

El coronel articuló:

—¿Cómo están?

Se refería a sus hombres, y Digby le entendió perfectamente.

—Lo siento. Se han salvado sólo usted y otro, que agoniza. Ha sido horrible.

Urkakov emitió un resuello.

—Algún día cazaré a Pablo Kruger... *algún* día... ¡y me condenaré por lo que le tengo reservado!

—Barrunto que nos condenaremos los dos —dijo Digby—. Ahora descanse. No está herido, pero la conmoción ha sido muy fuerte. Van a llevarle al hospital.

Gran número de fuerzas de policía y varias ambulancias se habían concentrado en el lugar de la catástrofe mientras el coronel permaneció inconsciente. El guardia herido y los tres muertos habían sido retirados. Dos camilleros esperaban para hacerse cargo de Urkakov.

Un destacamento quedó montando guardia en el «Círculo». Los demás regresaron al centro de la ciudad. Digby hizo el viaje en la ambulancia que conducía al coronel, y luego no se apartó de su lado hasta que, tras un escrupuloso reconocimiento médico, se le aseguró que aquél no corría el menor peligro.

—Me siento responsable de esa calamidad —dijo—. Fui yo, Urkakov, quien insistió en que registrara la guarida de Kruger.

El coronel se tomaba un sedante. Estaba recobrándose rápidamente de los efectos de la explosión.

—Déjelo, Owen.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Nada. Esperar. Pablo Kruger ha desaparecido. Dictaré orden de detención contra él y todos sus colaboradores y amigos, y algo pasará. Por otra parte, sigue la búsqueda de Luis Mostaza. Esta situación no puede prolongarse indefinidamente.

—Ya sé que no. —Digby sacudió la cabeza—. Lo único que temo es que se prolongue lo suficiente para permitirle al general Cabrera emprender su ofensiva. No olvide que ha de estar en camino hacia aquí un enorme cargamento de armas y que, en cuanto Cabrera disponga de ellas, la revolución estallará. No veo modo de impedir esto.

—Usted me dijo que Cabrera es Pablo Kruger.

—Se trata sólo de una impresión personal.

—Bien, pues no desespere. Perseguimos a un hombre determinado, no, como hasta ahora, a una especie de fantasma. Kruger caerá Urkakov flexionó sus rollizos miembros. —Yo me marché a casa a descansar lo menos hasta mediodía. Le aconsejo, Owen, que haga otro tanto.

—Sí —asintió Digby.

Se fue al hotel, pero no descansó. Al verle entrar, el conserje le dijo:

—Un chiquillo le espera.

—¿Cómo?

—Un chiquillo. Ahí, en el salón. Ha preguntado hace un momento por usted.

Era cierto, se había instalado en la misma butaca donde se sentó Mara Mostaza la tarde anterior. Un chiquillo mestizo, zarrapastroso, de cabello revuelto y ojos vivos.

—¿Qué quieres?

—¿Es usted el señor Owen?

—Sí, yo soy.

—Pues un señor me ha encargado que le traiga una cosa. Me ha dado un peso. Me ha dicho que usted me daría más. Tome.

La «cosa» era un papel doblado. Digby lo tomó y lo desplegó. Contenía unas palabras escritas:

«Por favor, venga a la puerta trasera de la iglesia del Sagrado Corazón no más tarde de las nueve de esta mañana».

No había firma.

Digby frunció el entrecejo. La letra era clara, correcta, firme; pero ¿quién había redactado aquel mensaje?

La respuesta se le ocurrió tras unos momentos de reflexión. No podía ser otro que Luis Mostaza. A poco que se pareciese moralmente a su padre, el muchacho, en el apuro en que se hallaba, recurriría a él. No a la policía gubernamental, por supuesto. A él. Lo mismo que había hecho el viejo antes de que lo cosieran a balazos. Lo mismo exactamente que hizo Mara.

Digby sacó un peso del bolsillo.

—¿Cómo era el señor que te dio este papel?

—Era un señor indio —replicó el chiquillo sin titubear.

—¿Estás seguro de que era indio?

—Sí.

—¿De qué modo iba vestido?

—De blanco.

—¿Viste si cojeaba? ¿Si andaba así? —Digby imitó el caminar de un hombre que tuviera, como Luis, la pierna herida—. ¿Te fijaste en eso?

—Oh, no, no, andaba bien.

No había sido Mostaza. Naturalmente que no. Estaría oculto y habría enviado un mensajero, como sin duda enviaría otro a la iglesia.

—Está bien, toma tu peso y lárgate. El chiquillo exclamó:

—¡Gracias, señor! Y se fue corriendo.

Digby consultó su reloj. Tenía tiempo sobrado, y lo invirtió en tomar un copioso desayuno. Su hambre voraz le recordó que no había probado bocado desde el almuerzo de la víspera.

A las nueve menos diez estaba en la puerta trasera de la iglesia del Sagrado Corazón, que se abría en una tranquila plaza. El templo era un imponente caserón barroco de la época colonial. Algunas mujeres, muy pocas, entraban y salían de misa. Aquella puerta, al parecer, apenas era utilizada. Chirriaba al abrirse.

Los minutos transcurrieron lentamente. La puerta chirrió una vez más.

—Estoy encañonándole —dijo alguien, de sopetón—. No se mueva. Quédese así.

Quieto.

Digby permaneció rígido como un poste. Oía respirar al hombre a su espalda. Reconoció que el truco había sido bueno: salir por la puerta de la iglesia cuando él estaba mirando en otra dirección. Se hallaba relativamente alerta, pero aquello le tomó de improviso.

Cerca de allí roncó el motor de un automóvil, y éste entró en la plaza un momento después. Era un «Ford» anticuado. Fue a detenerse a un par de metros. Un hombre sentado en el asiento posterior abrió la portezuela.

—Suba —dijo el que estaba a espaldas de Digby.

El norteamericano obedeció, y antes de qué se sentara, con asombrosa agilidad, el hombre del coche le había quitado la pistola de la sobaquera. Empuñaba, a su vez, un revólver 32. Era un indio.

También lo era el otro. Digby se encontró instalado entre los dos, con otros tantos cañones apuntando a su pecho. Un tercer hombre, sentado al volante, dio gas y maniobró para sacar el «Ford»

de la plaza.

—No haga ninguna tontería. Digby murmuró:

—Creo que ya la he hecho.

Sentía cierta admiración por la exactitud y la limpieza con que la operación se había llevado a cabo. El secuestro en pleno día de un hombre armado y en la completa posesión de su vigor es siempre una empresa peliaguda, pero aquellos indios inexpresivos y parcos de palabra la habían resuelto de manera ejemplar.

El coche atravesaba la ciudad a marcha moderada.

—Supongo —dijo Digby— que soy prisionero del general Cabrera.

—Sí.

—Quiero pedirles un favor. Sean originales. No me sacudan en la cabeza cuando llegue la hora.

Nadie le contestó.

El «Ford» salió de la ciudad, enfiló la avenida de América y pasó de largo ante el «Círculo», en cuyas humeantes ruinas montaba guardia un piquete de agentes de policía.

El hombre que conducía apretó entonces el acelerador.

Momentos después, uno de los indios alzó el revólver que empuñaba, tomó un ligero impulso y le sacudió a Digby en la cabeza.

El norteamericano se dobló hacia adelante, sin conocimiento.

CAPÍTULO XII

Fuera, pendiente de la ventana, había una muestra que rezaba: «Isidoro Klein-Practicante». Dentro, en su consultorio, Isidoro Klein estaba trabajando. Era un hombre corpulento y bastante calvo, de unos cuarenta años de edad. Iba en mangas de camisa y tenía ésta; húmeda de sudor.

—¿Cómo lograste escapar, Luis? —preguntó.

Sentado en la mesa de curas, Luis Mostaza miraba cómo, después de habérsela lavado y desinfectado escrupulosamente, el practicante terminaba de vendarle la herida de la pierna.

—Fue más fácil de lo que suponía —respondió—. El caso es que estoy libre, no importan los medios.

—Supe la noticia porque me llamaron por teléfono desde la hacienda. Me pidieron que les avisara si venías aquí. Parece que quieren verte.

Luis asintió con expresión sombría.

—Me verán. Y me oirán.

Klein ajustó el cabo de la venda y se enderezó sonriendo.

—Ya está. La herida es poca cosa. Ahora podrás andar bastante bien. Pruébalo.

El joven bajó de la mesa y dio unos pasos. Si la pierna le dolía, no lo demostró.

Caminaba casi normalmente.

—Gracias.

—¿Adónde irás, Luis? Luis titubeó.

—No lo sé —apartó la mirada del sonriente rostro del practicante—. Llama a la hacienda y diles que he venido. Es posible que tengan algo que comunicarnos.

Klein se alisó los escasos cabellos, asintió y se aproximó a su

escritorio. Tomó el teléfono que había encima y marcó un número.

—¿Con quién hablo? —preguntó—. ¿Con Tito? Oh, soy Isidoro Klein. Era para avisaros de que Luis Mostaza está aquí sano y salvo, ... ¿Cómo?

Se calló de repente.

Daba la espalda a Luis, de modo que, cuando se puso pálido, no fue por lo que éste le estaba preparando, sino por lo que le decían desde el otro extremo del hilo.

—De acuerdo —murmuró al fin. Colgó el aparato.

Al ir a volverse notó un extraño y frío contacto en la nuca que le hizo estremecerse de horror.

—Esto es tu propio bisturí —oyó anunciar a Luis—. Tú sabrás mejor que yo el daño que puede causar. No te muevas.

Klein emitió un jadeo de angustia.

—¡Traidor asqueroso! —gimió—. ¡Perro! ¡Canalla!

—¿Qué te ha dicho Tito?

—Coge el teléfono y pregúntaselo.

La punta del bisturí penetró unos milímetros en el cuello del practicante.

—¿Qué te ha dicho?

Klein sudaba a mares, pero no contestó. Era una suerte para él no ver la sonrisa que torcía los labios de Luis Mostaza.

Éste insistió:

—¿Van a venir por mí?

—Lárgate si es eso lo que temes.

—Cree que lo siento, Isidoro. Se trata de tu vida o la mía.

—¿Qué dices?

—Que voy a matarte. A matarte y esperar junto a tu cadáver a que vengan los...

—¡No! —chilló desesperadamente el practicante.

Saltó hacia adelante como un loco para huir de la espeluznante hoja de acero que sentía penetrar en su piel. Aquello impulsó a Luis a actuar. Descargó un golpe a fondo con el bisturí. Klein, en aquel momento, pretendía girar sobre sí mismo, y empezó a hacerlo cuando ya llevaba el acero clavado en la espalda. Su movimiento tuvo por consecuencia producirle un largo tajo del que inmediatamente brotó la sangre a borbotones. Lanzó un ahogado grito. Abrió los ojos desmesuradamente. Se puso de puntillas.

Luego, sin transición, Como fulminado, cayó al suelo de bruces.

Luis supo que estaba muerto sin necesidad de comprobarlo. Se limitó a limpiar el bisturí en sus sudadas ropas y a devolverlo escrupulosamente al lugar de donde lo había cogido mientras Klein telefoneaba.

Luego registró el escritorio. En uno de sus cajones encontró lo que buscaba, y más aún: una pistola automática, una docena de cargadores y, por añadidura, un cilindro silenciador. Acopló éste al cañón del arma y comprobó su funcionamiento. Sonrió con satisfacción.

Seguía sonriendo cuando se sentó junto a una ventana para vigilar la calle.

Veinticinco minutos después, un coche se detuvo bajo la muestra que rezaba: «Isidoro Klein-Practicante». Lo ocupaban tres hombres y se apearon los tres. Luis corrió a abrir la puerta y se colocó detrás de ella, de espaldas contra la pared, la pistola a punto.

Los tres hombres entraron.

—¡Isidoro!

—Nada de Isidoro —dijo Luis con voz tensa—. ¡Quietos! ¡Quietos u os envío al infierno con él!

Hubo un dramático silencio. Uno de los hombres, al fin, optó por hablar:

—Luis, ¿qué significa esto?

—Tú lo sabes mejor que yo.

—No te comprendo. El señor Kruger nos ha enviado a protegerte de la policía y ponerte a salvo. Están registrando toda la ciudad.

Luis rió.

—Vamos, pasad ahí sin hacer estupideces. Id hasta la pared y apoyad en ella las manos.

Los tres hombres desfilaron hacia el consultorio. En mitad de éste, sobre un gran charco de sangre, yacía el cadáver de Klein.

—Pagarás esto, Luis —dijo el que hablara antes—. Puede que lo que te conviene sea el manicomio, pero lo pagarás.

—¡Las manos contra la pared! Los tres obedecieron.

—Luis...

—¡Cállate! Voy a haceros una pregunta y quiero la respuesta pronto. ¿A qué os han enviado? ¡La verdad, nada de historias!

Nadie contesto.

La pistola hizo ¡plop! Y escupió muerte. El hombre situado más a la derecha recibió la bala en el cráneo. Pegó de cara contra el muro y, restregándolo de arriba a abajo con ella, terminó en el suelo. Allí quedó inmóvil.

—Ahora contaré hasta tres —anunció Mostaza El único que hablara hasta entonces repitió:

—Kruger nos ha enviado a protegerte.

—Uno.

—¡Luis!

—Dos.

—¡Basta!

—¡Tres!

La pistola lanzó de nuevo su apagado ladrido. Quedaba un solo hombre en pie.

—¿Tienes tú algo que decirme?

—Sí, Luis —la voz del superviviente era un murmullo tembloroso—. Claro que sí, Luis. Kruger nos encargó que averiguáramos lo que te contaron los guardias y lo que les contaste tú a ellos.

—¿Nada más?

—Luego, matarte.

—Perfectamente. Ahora llamarás por teléfono a la hacienda y les dirás que todo ha salido bien, que yo no me fui de la lengua mientras estuve en el Cuartel Central y qué ya me habéis despachado a la tumba. Espera. —Luis contuvo al hombre cuando éste se precipitaba nerviosamente hacia el aparato—. Todavía no. Serénate primero.

Transcurrieron cinco minutos.

—Adelante.

El hombre marcó el número sintiendo el contacto de la pistola en su espalda.

—¿Eres Tito? —preguntó. Le replicaron:

—¿Y tú?

—Olmos. Ya hemos terminado aquí.

—¿Dijo algo?

—Puedes dar por seguro que no cantó ante la policía. Nos lo hubiera confesado. Le... le trabajamos bien... antes de despacharle.

—Siempre es un consuelo. Separaos ahora, no vayáis juntos por

la ciudad. Que Santacana se quede en el coche. Cada cual a su refugio y esperad órdenes.

—Muy bien.

El hombre sentía ganas de llorar cuando devolvió, a la horquilla el teléfono. De llorar de pena y de vergüenza.

Luego, las balas empezaron a entrarle por la espalda. Arrastró el aparato consigo al caer y lo hizo añicos sobre las baldosas.

Pero murió sin haber llorado.

CAPÍTULO XIII

Agua.

Lo que le caía encima era agua: ésta fue la primera sensación consciente que Digby tuvo.

La segunda fue un dolor que le atenazaba el cráneo, el cuello, hasta los hombros. Un dolor que producía, de una parte, náuseas, y de otra una especie de vacío en el mundo circundante.

Digby emergió de aquel vacío, abrió los ojos y vio a un hombre. Se hallaba en pie a su lado y parecía inmensamente alto, pero esto se debía a que él estaba tendido en el suelo.

El hombre era Pablo Kruger.

—Muy buenas, afortunado señor Owen —dijo.

Digby intentó cambiar de postura. Así descubrió que tenía las muñecas y los tobillos aprisionados por unas vueltas de alambre.

Kruger se dio cuenta de su intento y sonrió.

—Habré de pedirle disculpas por las bruscas maneras de mis hombres —añadió—, pero se deben a que le consideran un enemigo de importancia poco común. Me han asegurado que todas las precauciones que se tomen con usted son pocas.

—No hable en vano —replicó Digby. Se sentía infernalmente mal. Sus náuseas aumentaban a medida que recobraba la conciencia—. Si ha de terminar conmigo, termine de una vez.

—Hubiera podido hacerlo casi sin riesgo junto a la iglesia del Sagrado Corazón o en el trayecto hasta aquí, ¿no cree?

—¿Y bien?

A modo de respuesta, Kruger batió palmas. Un indio bajito apareció en el campo visual de Digby.

—Siéntale contra la pared y dale un trago de aguardiente.

El indio obedeció. Digby bebió sin hacerse rogar al aguardiente

de caña, fuerte como el fuego, que le ofrecían. Le sentó a maravilla. Pidió más. Le dieron cuanto quiso. Pidió agua y se la dieron también.

Kruger presenciaba la escena fumando plácidamente un cigarro.

—¿Cómo se siente, querido Owen?

—Cerca de usted, no muy a gusto.

—Pero ¿se ha hecho ya cargo de su situación?

—No.

Kruger emitió una amable carcajada.

—Evidentemente, le parecerá raro seguir viviendo. Voy a serle franco, señor Owen. Por dos veces, durante la noche pasada, he pretendido deshacerme de usted porque le consideraba un peligro demasiado grave. Ahora he reflexionado. Mi país se dispone a atravesar momentos de agudísima crisis y no debemos ni podemos desdeñar cualquier elemento que nos ayude a sobrellevarla. De su conducta, de su intervención en los sucesos de ayer, me he permitido deducir, creo que con bastante justeza, que es usted un agente del gobierno de los Estados Unidos para prevenir la revolución que está a punto de estallar y que tanto perjudicará los intereses comerciales norteamericanos. La revolución, mi querido señor Owen, ya ha estallado, y me alegra decírselo. También le diré que, en ella, le reservo a usted un papel muy importante, aunque no sea exactamente el papel que sus jefes de Washington le habían asignado.

Digby miró fijamente al jefe faccioso.

—¿Qué papel?

—Yo no soy tonto —declaró Kruger—. He urdido mis planes con meticulosidad y sé que puedo derribar al gobierno y adueñarme de la nación tras solamente una o dos jornadas de lucha. Ahora bien, el gobierno tiene a su espalda los Estados Unidos, representados por la «Caribbean Copper Corporation», que explota inicuaamente nuestras minas, y tarde o temprano habré de enfrentarme a ellos. Cuando el momento llegue, necesitaré jugar algunas cartas firmes. Por ejemplo, rehenes. En pocas palabras, señor Owen: He decidido que usted sea mi primer rehén. Muerto, no me rinde servicio ninguno. Vivo, pero recluido para que no constituya un estorbo, puede rendírmelos muy grandes.

—¿Sabe una cosa? —dijo repentinamente Digby—. ¿Sabe que su

revolución fracasará sin que hayan de intervenir los Estados Unidos, y quizá ni el gobierno?

—¿Por qué?

—Porque habla usted demasiado. Las revoluciones las hacen, no los hombres que hablan, sino los que actúan.

—Muy ingenioso —asintió sin reparo Kruger—. No obstante, todavía no he terminado de hablar. Tengo una proposición que hacerle.

—Estoy mareado —anunció Digby en tono mordaz—. Sea breve, por favor.

—De acuerdo, seré breve. ¿Quiere ganar un millón de pesos? La cifra había sido pronunciada casi con indiferencia.

—¿Cómo?

Kruger alzó los hombros.

—¿Por qué no? En mi opinión, usted los vale y se los ganará de sobra. Le serán pagados en el instante de izar la bandera de la revolución en el palacio de la Presidencia del Gobierno.

—¿Qué he de hacer?

—Sumarse a mí causa y luchar a mí lado. Hubo un silencio.

—Antes ha dicho usted que no era tonto —recordó Digby—. ¿Está seguro de que no lo es? Me ofrece la posibilidad de elegir entre la reclusión como rehén y la libertad con un millón de pesos en el bolsillo. De mil hombres, novecientos noventa y nueve elegirían lo segundo, pero sólo para traicionarle a la primera ocasión. Siento comunicarle —el norteamericano sonrió— que yo soy el hombre que hace mil.

—¿Renuncia?

—Ya lo ve: Sin titubear.

—¿Por qué?

—Porque ni siquiera con mi ayuda conseguirá usted que la revolución triunfe. No me seducen las causas perdidas. Prefiero mi pequeño sueldo de funcionario en mano que un millón de pesos volando.

Los ojos de Kruger centellearon.

—¿Sabe quién soy yo, señor Owen?

—El desdichado a quien llaman general Cabrera. El cabecilla rebelde demostró cierto asombro.

—¿Quién le ha dicho que yo soy Cabrera?

—El coronel Urkakov, de la policía gubernamental mintió Digby.
—Me dijo también que le estaba dando cuerda para que se ahorcara usted mismo, y que lleva usted tiempo aceptándola con entusiasmo y sin la menor desconfianza. Urkakov es un tipo inteligente. Sabe dónde le aprieta el zapato y, para el momento oportuno, tiene bien preparada la horma. Me dio la impresión de que le esperan a usted terribles sorpresas.

Kruger perdió de pronto la serenidad.

—¡Urkakov no es más que un cerdo! —exclamó.

—No sé lo que es. Ahora, eso sí, le sobra astucia. Cuando tropieza con gente fanática, con ilusos, con infelices a quienes ciega la ambición, como usted, pongamos por caso, se crece de una manera descomunal. El día en que empiece a descargar sus golpes habrá ruido, ¡vaya si lo habrá! ¡Un verdadero estruendo!

Kruger respiraba violentamente.

—Urkakov, y cualquiera que me busque, me encontrará. Desde hoy me he arrancado la máscara. Pablo Kruger ha muerto, ha nacido Pablo Cabrera, ¡y a Cabrera no es necesario seguirle la pista!

¡Ya me encargaré yo de que se sepa siempre por dónde anda!

—Muy bien —dijo el norteamericano, con hastío.

Kruger apretó los puños. Se puso rojo, y la estrecha cicatriz de su mejilla derecha destacó nítidamente en blanco. Digby temió durante unos segundos que le acometiera. Por fin se dominó.

Se volvió al indio.

—Llevalle abajo.

—¿Donde la muchacha?

—Enciérralos juntos, si te parece, ¡idiota!

—Claro que no, jefe —el indio retrocedió un paso, atemorizado—. Descuide. Claro que no.

Kruger, todavía rojo de cólera, consultaba su reloj.

—Señor Owen, ahora tengo que marcharme, pues las fuerzas revolucionarias reclaman mi presencia a su frente para emprender la ofensiva liberadora del país. Mientras, reflexione usted acerca de lo que le he dicho. Oh, y no estaría de más que reflexionara también acerca de algo que me ha dicho usted a mí. Lo de que me esperan grandes sorpresas y Urkakov tiene bien preparada su horma, ¿recuerda? Me interesa mucho.

El indio bajito le desataba los pies a Digby. Éste replicó:

—Tendrá que aguantarse el interés.

—No crea. Mis colaboradores indios son expertos en arrancar las declaraciones a los obstinados.

—Inténtelo y nos divertiremos.

Kruger, pensativo, se acarició con el índice la cicatriz de la mejilla.

—Usted conoce a Mara Mostaza, esa linda chica, ¿verdad? —dijo—. Pues está aquí. Apuesto a que me cuenta usted todo cuanto deseo saber apenas mis indios se pongan a trabajar, no en usted, sino en ella.

—Kruger, está usted jugando con fuego.

—Lo mismo me da —repuso el rebelde—. Hasta la vista, señor Owen.

Las importantes dosis de aguardiente que había ingerido le producían a Digby un efecto adormecedor. Se sentía aliviado de sus dolores y bastante más fuerte, pero, en cambio, completamente aturdido. De este modo, como flotando, se dejó conducir por el interior de lo que se le antojó una gran hacienda hasta una escalera que descendía a un sótano. En el sótano había un pasillo con puertas a cada lado. El lugar tenía un claro aire de prisión, acentuado por las mirillas enrejadas que ostentaban las puertas. Lo iluminaban, y muy bien, cuatro tubos fluorescentes.

Al pasar ante la segunda puerta, Digby oyó una voz que le llamaba:

—¡Señor Owen!

Era Mara. Entrevió sus manos y su rostro en la mirilla.

—La cosa marcha —dijo, por decir algo alentador—. Si ha de servirle de consuelo, piense que estoy cerca de usted.

—Camine —gruñó uno de los indios.

Digby sospesó durante unos segundos las posibilidades de ofrecer resistencia.

Concluyó que no había ninguna.

Dio unos pasos y fue encerrado tras de la puerta siguiente.

CAPÍTULO XIV

Nadie le vio, porque lo hizo muy deprisa, pero un hombre vestido de blanco permaneció por un instante en lo alto del muro que circundaba la hacienda y luego se descolgó al interior del recinto.

Con una pistola provista de silenciador en la mano, aquel hombre corrió agachado hasta que un árbol y una masa de enredaderas parásitas le brindaron refugio. Allí aguardó unos momentos, inmóvil, vigilante, con un extraño fulgor en los ojos.

Un mulato que llevaba una metralleta colgada del hombro y un surtido de cargadores en el cinto apareció por el ángulo del edificio principal. Se acercó lentamente a la masa de enredaderas. Estaba haciendo una ronda de inspección, pero, debido al intenso calor, la hacía sin ganas.

El hombre de la pistola esperó a tenerlo como a un metro de distancia, y entonces dijo sin levantar la voz:

—Párate. No te muevas. Te tengo encañonado. El mulato semejó convertirse en piedra.

—¿Qué quieres? —susurró.

—Acércate más.

—¡Luis! —Al aproximarse a las enredaderas, el mulato había visto al hombre agazapado junto al árbol—. ¿Te has vuelto loco? ¡No saldrás de aquí vivo!

—Serán muchos los que no saldrán vivos, Eduardo. Los ojos del mulato se dilataban de terror.

—Mira —dijo, tembloroso—, el jefe se ha marchado, porque ha sonado ya la hora de la revolución y debe organizar las partidas que avanzarán contra la capital. Yo he sido siempre amigo tuyo, Luis. Yete inmediatamente y no diré a nadie que te he visto.

—¿Cuántos sois en la hacienda?

—Ocho.

—¿Dónde guardáis a Mara?

—¿Quién es Mara?

—Mi hermana, ¡lo sabes de sobra! ¿Dónde está?

—No lo sé.

—Es malo morir mintiendo, Eduardo. ¿Dónde está?

—¿Qué te pasa, Luis? Parece como si tuvieras fiebre...

—¡Contesta!

El mulato se estremeció.

—Bien... pues... abajo... donde se encierra a todos...

—¿Cuántos centinelas hay en el jardín?

—Juanito está del lado de la puerta.

—¿Y los otros?

—Cuatro juegan al monte, arriba. Dos se ocupan de los prisioneros.

—¿Prisioneros? ¿Mi hermana no es la única?

—Hemos cazado al gringo que a ti te habían encargado liquidar. Luis Mostaza se pasó la lengua por los labios.

—Vuélvete de espaldas.

—No —el mulato se resistió—, no, Luis, ¿qué vas a hacer?

—Vuélvete de espaldas y echa a andar cuando yo te avise.

Eduardo obedeció a regañadientes. Pero no echó a andar. No recibió aviso ninguno. La pistola emitió un ¡plop!, detrás de él, y una bala se le incrustó en la cabeza.

Luis saltó hacia adelante para ayudarle a caer sin ruido. Luego le arrastró al abrigo de las enredaderas y le quitó la metralleta y la provisión de cargadores. Momentos después, a prudencial distancia de la casa, el joven caminaba en dirección a la puerta abierta en el muro.

No llegó a ella. Se detuvo junto a un gran matorral cuajado de flores azules. El segundo centinela era visible desde allí.

Llamó:

—¡Juanito! ¡Corre, ven acá, Juanito! ¡Pronto!

Hizo una enérgica seña con la mano y, antes de que Juanito tuviera tiempo de verle bien, se agachó detrás del matorral como si hubiese encontrado alguna cosa.

El centinela cayó en la trampa. Sus pasos se aproximaron rápidamente. Luis amartilló la pistola.

Juanito le vio al fin y comprendió súbitamente que había sido engañado, pero ya no pudo reaccionar en ningún sentido, ni siquiera dando la voz de alarma. Notó una especie de golpe en el pecho, y enseguida un tremendo dolor, y que algo caliente y nauseabundo le llenaba la boca. Las rodillas se le aflojaron. Hizo una mueca como si quisiera reír. Ya estaba muerto cuando las manos de Luis lo arrastraron al otro lado del matorral. Una florecita azul, desgajada, cayó sobre su pecho manchado de sangre.

Luis calculó mentalmente: «Ocho, menos dos, son seis». Y se dirigió sin titubear hacia la gran construcción de estilo colonial que ocupaba el centro del recinto.

Conocía perfectamente el terreno que estaba pisando. No había puertas cerradas, ni siquiera ventanas cerradas, nada que se interpusiera en su camino. Penetró en el vestíbulo y rodeó la elegante escalera de madera, que conducía al piso superior. Siguió por un pasillo. Al fondo se iniciaba otra escalera, esta descendente.

En el arranque de la escalera se abría la puerta de una habitación. Allí se oía hablar a un hombre.

Luis no hizo el menor ruido, pero, con la pistola en la mano, se plantó de sopetón en el umbral. Dos indios, dentro, fumaban sendos cigarros y despachaban de consumo una botella de ron. El que hablaba calló. Ambos se le quedaron mirando estupefactos, como si vieran un espectro.

—Las manos altas, ¡muy altas!

—¡Tú! —Uno de los indios reunió la serenidad suficiente para protestar de aquella aparición—. ¡Pero si tú estás muerto! ¡Si es imposible!

El joven prescindió de la protesta. Preguntó:

—¿Quién tiene las llaves del sótano? Hubo un silencio.

—Ven a buscarlas —dijo el indio.

Luis avanzó un paso, aunque sólo fue para cerrar la puerta.

—Tíralas al suelo, y procura que sean realmente las llaves.

—Ven a buscarlas, Luis.

—Iré —asintió el muchacho.



Los dos indios se dieron cuenta demasiado tarde de lo que quería decir. Demasiado tarde, incluso para pedir clemencia. El primer tiro arrojó al que había hablado de la silla de brazos que ocupaba y lo derribó encima de la botella, que estaba en el suelo y que se volcó y empezó a gorgotear. El otro indio trató de defenderse. La muerte le sorprendió a medio desenfundar su revólver 32. Doblado sobre sí mismo, muy despacio, se derrumbó casi encima de su compañero.

Luis fue entonces en busca de las llaves. Contaba: «Ocho, menos cuatro, cuatro». En sus labios se dibujaba una sonrisa.

Aguardó junto a la puerta para cerciorarse de que el doble ¡plop!, de su pistola con silenciador no había sido oído. Cuando se hubo convencido de ello, bajó al sótano.

—Mara, ¿estás ahí? —preguntó parado en medio del pasillo. Le respondió una exclamación de incredulidad:

—¡Luis!

Probó un par de llaves y abrió la puerta. Un momento después tenía a la muchacha entre sus brazos.

—Luis... llévame contigo... lejos... ¡Tú no puedes estar con ellos! ¡No puedes! ¡Han matado...!

Él le cubrió con una mano la boca.

—Cállate.

En lo alto de la escalera sonaban voces excitadas:

—¡Eh, venid! ¡Mirad! ¡Mirad esto! Se oyó correr a unos hombres.

—Espera —dijo Luis a media voz. Añadió una salvaje maldición—. Resguárdate en la celda y no tengas miedo. No tardaré en volver por ti —acarició torpemente el cuello de su hermana—. Todo ha terminado, ¿sabes? No estoy con ellos, no te preocupes.

Mara tenía el cabello revuelto y los ojos arrasados en lágrimas.

—Luis, te matarán, ¡no vayas! —imploró, asiéndole de la manga—. ¡No vayas si hay peligro! ¿No podemos escapar por otro lado? ¡Bastante he sufrido ya! ¡Luis!

Los pasos sonaban en la escalera.

Luis depositó en las temblorosas manos de su hermana la pistola con silenciador y los cargadores de que se había provisto en casa de Isidoro Klein. Dijo rápidamente:

—Úsala si la necesitas.

Se apartó de la joven y, encogido como un jaguar que se prepara al ataque, se deslizó hacia la escalera. Iba montando la metralleta que le arrebatara a Eduardo en el jardín. Apenas llegó a la puerta del extremo del pasillo comenzó a disparar, y el estruendo del arma resonó pavorosamente en el reducido ámbito del sótano.

Mara no volvió a su celda. Por el contrario, se precipitó a coger las llaves que colgaban de la cerradura y en unos segundos había abierto la puerta de la celda siguiente.

—Ayúdele —dijo, cuando apareció Digby—. Es mi hermano. Tome.

Le ofreció la pistola y los cargadores. Él le mostró sonriendo sus manos atadas.

—No puedo así.

—Dios mío, venga.

Desligó el alambre con dedos nerviosos, frenéticamente. En la escalera las armas rugían.

—Gracias —murmuró Digby—. Deme ahora todo eso y ocúltese. Ella se dejó empujar suavemente a la celda que había ocupado.

—¡Corra! —suplicó desde allí.

Digby renovó el cargador de la pistola y avanzó hacia la escalera. El estrépito de la batalla se había alejado en aquel preciso momento, indudablemente porque Luis obligaba a retroceder a sus enemigos. El norteamericano subió los peldaños a saltos y pasó por encima del cadáver del indio bajito, que estaba tendido, acribillado, en el rellano superior.

La lucha se había trasladado al vestíbulo. Al irrumpir en éste, Digby vio que Luis Mostaza no se encontraba en muy buena posición. Tres hombres estaban apostados en la escalera del piso y en la balaustrada de su remate, en tanto que el joven disparaba su metralleta tendido en el suelo y apenas protegido por la frágil barricada que formaban una mesilla y un sillón de bambú. Era un milagro que se hallara ileso.

Como el fuego de la metralleta le protegía indirectamente, Digby fue a parapetarse sin agobios tras de un sólido diván. Desde allí advirtió que uno de los tres hombres del piso se desplazaba con intención de batir a Luis bajo un nuevo y mucho más peligroso ángulo. El joven no se había dado cuenta, ocupado como estaba en rociar de balas a los tiradores de la escalera, y ahora ya no podía verlo porque el hombre había salido de su campo visual. Cuando volviera a entrar, le mataría impunemente.

Digby levantó la pistola y envió contra el hombre dos balas, que bastaron. El hombre avanzó tambaleándose hasta la balaustrada, volteó por encima de ella y cayó al vestíbulo con un macabro ¡chaf!

Luego, el norteamericano disparó en dirección a los dos de la escalera y los obligó a guarecerse en lo alto. La posición de Luis se hizo así mucho más desahogada.

—¿Qué pretende usted? —gritó el muchacho después de observar quien era su providencial aliado—. ¡No se meta en esto! ¡Es una cuestión personal!, ¡no tolero que la utilice en su beneficio!

El tiroteo se había interrumpido momentáneamente.

—No sea idiota —replicó Digby—. Baje en busca de su hermana. No quedan más que dos hombres y creo que podremos salir de aquí sin grandes dificultades. —Luis no se movió—. ¿No me ha oído? ¡Traiga a su hermana!

—Tráigala usted.

—Conforme —gruñó el norteamericano.

Pero no bajó al sótano inmediatamente. Junto al diván, un mueble auxiliar estaba lleno de diarios y revistas, y Digby frunció el entrecejo al fijarse en él. Al momento puso en práctica la idea que se le había ocurrido. Formó un montón con los periódicos. Le prendió fuego.

—¿Qué cuerno hace? —exclamó Luis.

—Ocupese de su cuestión personal, que yo me ocupo de la mía.

Las llamas prendieron rápidamente y se extendieron a la tapicería del diván. Digby arrimó el mueble auxiliar. Había mucha madera por todas partes. Estaba convencido de que en un momento arderían las paredes, la escalera, las balaustradas, la casa entera, y experimentaba ante esta perspectiva una intensa satisfacción.

Luis envió una ráfaga a uno de los hombres del piso, que se había adelantado al descubrir el humo, y el hombre retrocedió. La situación era ahora estacionaria.

Digby se marchó hacia la escalera del sótano.

—¡Suba, Mara! —llamó desde arriba—. ¡Suba, todo va bien!

Se sorprendió a sí mismo pensando lo bella, lo graciosa que era la joven, mientras, con un revuelo de la falda de su vestido blanco, subía la escalera apresuradamente. Encontró sus ojos verdes, cuya mirada era como una llamada a la vida. Le rodeó con un brazo los hombros y ella se abandonó dulcemente contra él. En aquel instante, sin saber por qué, Digby comprendió que algo misterioso los unía. Apenas se habían visto, apenas se habían hablado, y en realidad las palabras resultaban innecesarias entre los dos. Aquella unión táctica existía desde que se encontraron por primera vez en el patio del viejo Mostaza. No era una cosa suya, un sentimiento o una ilusión suyos nada más: por el modo como Mara aceptaba la

protección de su brazo se hacía patente que ella, conscientemente o no, lo experimentaba también.

El renovado rugir de las armas en el vestíbulo le sacó de su fugaz ensimismamiento.

—Vamos.

El rugido cesó exactamente cuando llegaban. Con asombro vio Digby que el fuego había sobrepasado sus previsiones: una feroz cortina de llamas se alzaba del diván y abarcaba una gran extensión de la pared. Crepitaba ya la balaustrada del piso.

Encontraron a Luis riendo como un loco.

—¡Ocho, menos ocho, cero! —anunció.

Sus dos últimos enemigos, arrugados e inmóviles, yacían en mitad de la escalera. Los había acribillarlo cuando pretendían bajar para librarse del fuego y acabar con él.

—Luis —susurró Mara.

El muchacho continuaba riendo históricamente.

—¡Luis!

—Déjele —intervino Digby—. Es... la borrachera de la pólvora. Los nervios le han vencido. Ya se le pasará.

Pero sabía que no era la borrachera de la pólvora, sino otra mucho peor: La borrachera de la muerte.

Salieron al jardín. Del pabellón destinado a garaje sacaron uno de los seis coches que allí se encontraban. Digby se sentó al volante y, sin pérdida de tiempo, emprendieron el regreso a la ciudad.

Instalado atrás, con la metralleta entre las piernas, Luis silbaba:

Cha cha cha, papito, dímelo. Cha, papito.

Papito, cha cha cha.

De vez en cuando, Mara se volvía a mirarle con una mezcla de pasmo y horror. Digby la sentía a ella muy próxima, mucho más de lo que representaba el hecho material de que se sentara a su lado en la parte delantera del coche. Era una sensación cálida, directa, tan real como un contacto, físico. Pero no tenía nada de contacto físico.

En medio de la jungla, la hacienda enviaba al cielo una espectacular columna de humo. Las manos de Digby se apoyaron con fuerza en el volante. Recordaba nítidamente las palabras de

Kruger: «La revolución, mi querido señor Owen, ya ha estallado». Los minutos, los segundos eran preciosos si había que salvar al país de una orgía de sangre.

CAPÍTULO XV

Los ojos de Urkakov despedían chispas.

—De modo que aquí estamos todos —dijo, sin la menor amabilidad—. De modo que el hijo de Mostaza ha vuelto al redil y que esta linda chiquilla es su hermana. ¿Alguien, de paso, puede explicarme lo que ha ocurrido en el consultorio de un practicante llamado Klein, donde hemos encontrado a cuatro hombres muertos?

El coronel llenaba el despacho con el volumen de su persona, parecía crecer, se hacía hasta abrumador. No se advertían en él señales de la pavorosa aventura vivida en el «Círculo». Estaba como nuevo.

—No tenemos tiempo para perderlo en minucias —dijo Digby.

—Yo soy quien decide lo que son minucias y lo que no lo son. ¿Alguien puede explicarme eso?

—Yo maté a los cuatro hombres —declaró fríamente Luis. Urkakov le miró de pies a cabeza.

—¿No hay centinelas aquí? —señaló la metralleta—. ¿Cómo te han permitido entrar armado?

Luis sonrió.

—Pregunte cómo fue que, antes, me dejaran salir. Sus centinelas, coronel, me los paso por las narices.

—Luis viene dispuesto a contestar a todo cuanto usted le pregunte —indicó pacientemente Digby—. Ha abierto los ojos. Hundirá al general Cabrera si está en su mano. La revolución ha estallado y no podemos ya desperdiciar un instante.

—Ya sé que la revolución ha estallado —replicó abruptamente Urkakov—. Mire —se inclinó sobre la mesa y levantó entre sus manos un montón de telegramas—. Avisos de que las tribus indias se han rebelado, de que las aldeas se alzan contra el gobierno, de

que obreros y campesinos toman las armas. Llegan de todas partes —miró a Luis—. Una vez me fió de una serpiente y tuvieron que darme un antídoto —añadió—. Volveré a fiarme ahora, y ya veremos. Habla, muchacho.

—Pregunte.

—¿Quién es el general Cabrera?

—El hombre a quien la gente conoce por Pablo Kruger. Urkakov lanzó una rápida y expresiva ojeada a Digby.

—¿Dónde está?

—Eso no lo sé. Si lo supiera no me tendría usted aquí.

—¿Qué hay de las armas?

—Ése era el principal problema: Cabrera no contaba con armas suficientes; pero se ha resuelto. Si hoy ha empezado la revolución, es que se ha resuelto hoy mismo.

—¿Con un envío del extranjero?

—Sí.

—¿Importante?

—Mucho. —Luis sonrió cínicamente—. Yo en persona lo revisé.

—¿Dónde?

—En una caleta oculta, próxima a Ladero. Allí lo desembarcaron. Había fusiles automáticos y ametralladoras ligeras de primera calidad, en número suficiente para pertrechar las cuarenta partidas que Cabrera tiene organizadas.

—Cuarenta —gruñó el coronel—. ¿De cuántos hombres?

—Entre trescientos y quinientos cada una.

—¿Dispone de artillería?

—Un grupo de cañones de campaña sin retroceso, último modelo. Y ha preparado una escuadrilla de seis aviones.

—¿De dónde ha sacado todo eso?

—Lo compró en el extranjero.

—¿Pagándolo?

—A crédito. El triunfo de la revolución interesa a poderosas fuerzas políticas internacionales, y en atención a ellas se le han dado cuantas facilidades ha pedido.

—Condenación —gruñó el coronel. Las noticias no le agradaban—. ¿Están ya armadas esas cuarenta partidas?

Luis lanzó una mirada al reloj.

—No. Si los planes no se han alterado, las armas se encuentran

todavía en camino. El rostro del coronel se animó.

—¿Podemos interceptarlas?

—Sí.

—¡Cuerno, entonces todo está salvado! Bien, ¿qué hay que hacer? El joven guardó un instante de silencio.

—El cargamento de armas fue desembarcado en Ladero con relativa facilidad —dijo—, pero luego Kruger se encontró en el conflicto de no atreverse a dejarlo allí, ni tampoco a trasladarlo, por temor a que las fuerzas del gobierno lo descubriesen. Entonces concibió un plan estupendo. Distrajo la atención del Ejército ordenando una acción general de patrullas en la costa oriental y en el sur, y mientras tanto, desde el norte, se valió de un grupo de colaboradores para enviar las armas hacia la capital, simplemente, por ferrocarril.

—¿Qué ferrocarril?

—La línea de Ladero, naturalmente. Todo Ladero está desde hace tiempo del lado de Cabrera, el alcalde y el jefe de policía inclusive.

Urkakov contempló al joven con un gesto de perplejidad.

—¿Intentas hacerme creer que Kruger se ha atrevido a organizar un convoy de armas?

¿Que un tren cargado de fusiles y ametralladoras para los rebeldes atraviesa en estos momentos impunemente el país?

—Eso hubiera sido demasiado peligroso. Más acá de Ladero, el control del gobierno es muy rígido.

—¿Y bien?

—Nunca lo hubieran ustedes descubierto —dijo Luis, casi con pena—. Las armas vienen en el tren Número Doce.

—¿Te burlas de mí? ¡Ese tren es un expreso atestado de viajeros y reglamentariamente vigilados por la policía!

—Kruger disponía de excelentes colaboradores entre los empleados y obreros de la compañía ferroviaria. Sobornó a quien fue necesario. El caso es que todos los vagones de ese expreso llevan instalado un doble fondo repleto de una primera remesa de armas y municiones.

—¡Eso es imposible!

—Aguarde y lo verá. Todos los trenes que salgan de Ladero el día señalado por Kruger se compondrán de vagones semejantes. Las

armas estarán aquí en unas horas.

Urkakov empezaba a dar señales de perder la serenidad.

—Pero ¿quién las repartirá entonces? ¿Tiene Kruger otros cómplices en la estación?

—De momento, el tren Número Doce no llegará a Ja estación. Será asaltado y despojado de su cargamento en el desfiladero de Mesa Roja. Los demás correrán parecida suerte.

—Mesa Roja —repitió con desaliento el coronel—. Eso está en lo más abrupto de las montañas —miró el reloj—. Si hoy es de verdad el día elegido por Kruger, ese tren no tardará en entrar en el desfiladero.

Mostaza dijo:

—Tardará todavía tres horas.

El teléfono rompió a sonar. Urkakov descolgó el aparato. Apenas habló, pero su expresión se iba haciendo más grave a medida que escuchaba. Colgó bruscamente.

—Disturbios en la ciudad —explicó—. Una manifestación se dirigía al palacio de la Presidencia y ha sido disuelta violentamente. Cinco muertos y catorce heridos. Mis fuerzas de choque deben salir a la calle.

—Pero ¿no se da cuenta? —exclamó agriamente Luis—. No es aquí, en la capital, donde hay que combatir a la revolución, sino en Mesa Roja. Todo cuanto ocurra hasta que Kruger tenga en su poder las armas serán pequeñas acciones destinadas a retener la atención de ustedes mientras la gran operación se lleva a cabo. Ustedes han estado haciéndole a Kruger el juego. No queda una sola guarnición militar importante en Ladero ni en las proximidades del ferrocarril, pues todas han sido destacadas al extremo opuesto del país para dominar incidentes sin importancia. Si quiere usted vencer, coronel, no tiene otro remedio que reunir sus fuerzas, organizar una columna y llevarla a Mesa Roja lo antes posible. Allí encontrará a Kruger al frente de la casi totalidad de sus hombres, mal armados y todavía sin moral, que aguardan la llegada del expreso. Será su ocasión. La única.

Urkakov había escuchado al joven atentamente.

—Eso dejaría desguarnecida la capital —replicó.

—En la capital no pasará nada.

—Además, nos conduciría a un lugar como Mesa Roja, muy a

propósito para sufrir una emboscada.

—Exacto. Pero será usted quien se la tienda a Kruger.

El coronel apoyó ostensiblemente su recio puño sobre la mesa.

—¿Cómo quieres que me fíe de ti, Luis? ¿Cómo quieres que me fíe de un Mostaza?

¡Tengo la sensación de que me llevas a una trampa con los ojos vendados! ¡Tú, un secuaz de Cabrera, un fanático de la revolución! ¡No puedo creer que hagas por nosotros lo que dices que haces!

Súbitamente, los ojos del joven adquirieron el brillo insano que tenían en el vestíbulo de la hacienda, cuando reía por haber terminado su sangrienta cuenta: Ocho menos ocho...

—No hago nada por ustedes, no se equivoque —repuso—. Quiero acabar con Pablo Kruger, hundirlo, aplastarlo, quiero que muera como una cucaracha, y el único medio de que dispongo es valerme de ustedes, como me valdría del diablo. No, no hago nada por ustedes, coronel, ¡son ustedes quienes lo hacen por mí!

Urkakov le miró en silencio. Al cabo de casi un minuto, dijo:

—Está bien, correré el albur. Hablaré con los ministros del Interior y del Ejército. En tres horas hay tiempo de que una columna motorizada, si se organiza pronto, alcance Mesa Roja —señaló la puerta—. Salgan ahí fuera y esperen.

Salieron.

Digby cerró su mano en torno al desnudo y tibio brazo de Mara.

—La llevaré al hotel —dijo—. Esto no es para usted, pequeña. Ella murmuró:

—Quiero acompañarles.

—Ni pensarlo.

—Sí, por favor. Siento que mi sitio está allí... donde... donde se decida...

—Cállate —la interrumpió abruptamente su hermano—. El gringo tiene razón. Vete a un hotel y descansa.

Ella ni siquiera le miró.

—Por favor —repitió para Digby.

Luis se adelantó, la tomó de los hombros y la obligó a mirarle.

—¿Qué te ocurre, cuerno? ¡Muy bien, mataron a papá y tú las has pasado moradas por mi culpa, pero me he cobrado ya once vidas para saldar esa deuda, y todo lo que ahora hago es por vosotros! ¿Crees que me resulta fácil? ¿Crees que mi impulso

natural, cuando estoy ante Urkakov, no es meterle una bala en el vientre? ¿Crees que me rebajo así por gusto?

La muchacha gimió:

—Nunca lo entenderás. Eres un asesino, Luis.

—¿Estás loca?

—¡Tú, estás loco! ¡Ninguna deuda del mundo se cobra con sangre! Déjame, ¡déjame! —Volvió la cara como para ocultar sus lágrimas—. Yo te perdono, Luis, te juro que te perdono, ¡pero déjame!

Digby, suavemente, obligó a Luis a retroceder.

—Más tarde se explicarán. Ahora no es momento.

El joven estaba pálido, y sus encendidos ojos parecían más grandes.

—Ya no habrá otro momento —murmuró—. Llévesela. Algunas cosas en la vida no tienen remedio, qué le vamos a hacer.

Mara sollozaba ahogadamente cuando Digby la sacó a la calle y la metió en un taxi.

—Al Hotel Internacional.

Ella se acurrucó en el asiento.

—Señor Owen.

—¿Qué?

—Prométame que cuidará de mi hermano. No está en sus cabales, usted lo ha visto.

Prométamelo.

Digby intentó bromear.

—Prométame usted algo a cambio.

—¿Qué quiere?

—No me llame nunca más «señor Owen». Le dije que mi nombre es Digby. Sonaba muy bonito en sus labios.

Hubo un breve silencio.

—Digby —susurró la muchacha. Y repitió casi inaudiblemente —: Digby... Digby...

Digby...

Él comprendió de pronto que no pronunciaba SU nombre porque sí.

Estaba todavía besándola, estremecido de dicha, ausente del mundo, cuando el taxi se detuvo frente al Hotel Internacional.

CAPÍTULO XVI

Anocheecía.

En una plataforma rocosa que dominaba el agreste paisaje y a cuyos pies se abría el tétrico desfiladero de Mesa Roja, el general Cabrera aguardaba la llegada del tren Número Doce. La línea férrea discurría por un dédalo de gargantas angostas, impresionantes, y casi paralela a ella, en un plano superior, podía verse la ondulada línea de una característica carretera de montaña. El fondo arenoso del desfiladero se ensanchaba en un punto, entre moles pétreas, y la emboscada se había preparado allí.

El general Cabrera se parecía exteriormente muy poco a Pablo Kruger, el elegante expropietario del «Círculo». Se hubiera dicho incluso que su rostro era otro, más duro aún, menos expresivo, más el rostro de una estatua que el de un hombre. El general vestía un a modo de uniforme blanco con adornos de oro, calzaba lustrosas botas de montar y llevaba una pistola de gran calibre en el magnífico cinto de cuero repujado. Había derrochado en su atuendo no poca fantasía, una fantasía más bien infantil, pero esto estaba expresamente calculado para impresionar los sencillos espíritus de los campesinos y de los indios que debían aclamarle como salvador de la patria. Cerca de un millar de ellos habían acudido ya al lugar de la cita y aguardaban entre los montes y en la garganta la llegada del convoy para apoderarse de las armas que impulsarían la supuesta revolución redentora.

Un indio alto, enjuto y solemne se hallaba junto al general. Ambos recorrían con la, mirada las cumbres de las montañas, en casi todas las cuales, a la media luz del crepúsculo, se veían arder hogueras.

—Cada vez vienen más —dijo el indio—, cada vez son más los

que responden a la llamada. Unos contagian su entusiasmo a otros. La señal habrá ya sido vista de uno a otro extremo del país.

El general Cabrera asintió sonriendo.

—Dentro de veinticuatro horas serán míos todos los resortes de la nación. A la revolución de un pueblo oprimido y vergonzosamente explotado, Benito, no pueden oponérsele barreras. Triunfa siempre.

Los ojos del rebelde, llameantes de ambición, recorrían una y otra vez el horizonte. Nuevas hogueras se encendían más y más lejos, constituyendo un bello y esperanzador espectáculo. Eran la voz simbólica de tierras que habían permanecido silenciosas, dormidas hasta entonces. Desde los montes, la señal se extendía a los llanos. Pronto la oirían las grandes ciudades, y en sus calles se aspiraría el perfume embriagador de la sangre y la pólvora...

Benito, el indio, hizo un rápido ademán.

—Atiende.

La cristalina paz del anochecer había sido rota por el seco estampido de un disparo lejano. Lo siguió otro. Luego otro, y el eco fue repitiendo las tres detonaciones en todas las quebradas.

Benito añadió:

—El tren se acerca. Acaba de rebasar el primer recodo vigilado. Cabrera consultó su reloj de oro.

—Dentro de cinco minutos aparecerá en el cañón. Da la señal.

El indio movió afirmativamente la cabeza y avanzó hasta el borde de la plataforma rocosa. Se descolgó de la espalda una pistola lanzacohetes, apuntó al cielo y disparó. Una bengala roja que dejaba tras de sí una estela blanca surcó el aire. Muy arriba, estalló y se convirtió en una sombrilla de vivos colores.

Por un momento, la mirada emocionada de todos los partidarios que aguardaban entre los riscos quedó fija en la señal. En seguida, un nutrido grupo de ellos se precipitó hacia unos recios troncos de árbol y los utilizó a manera de palancas para mover dos enormes peñascos a la salida del desfiladero. Otros, en la entrada de éste, apilaron rápidamente leña y hojarasca. Al tiempo que la hoguera se encendía, las dos peñas rodaron unos metros y cayeron pesadamente sobre los carriles. La gente abandonaba por centenares sus refugios, descendía al fondo del cañón por inverosímiles vericuetos y se concentraba a ambos lados de la vía férrea.

Desde la plataforma rocosa, Cabrera y su acompañante presenciaban el desarrollo de la maniobra con satisfacción. El reloj de oro del general marcaba inexorablemente los minutos: tres... cuatro... ¡cinco!

El tren surgió de una curva. El maquinista debió de ver la hoguera y entender que era un aviso de peligro, porque la locomotora emitió un silbido que casi expresaba angustia. El convoy comenzó a reducir desesperadamente su velocidad.

A cierta distancia de allí, otros hombres se fijaban en las fogatas de las cumbres y, aunque con muy distinta clase de emoción, habían visto estallar la bengala en el cielo. Aquellos hombres viajaban en una larga columna de vehículos que avanzaba sin apenas ruido y con los faros apagados por la serpenteante carretera. En cabeza de la columna figuraba un *jeep*. Lo conducía un soldado y llevaba tres pasajeros. Los pasajeros eran Luis Mostaza, Digby Owen y el coronel Urkakov.

—¿Es que no podemos ir más deprisa? —rezongó el coronel.

—Sí, mi coronel —respondió el soldado—. Puedo apretar el acelerador a fondo. Puedo hacerlo, naturalmente. Así saldremos despedidos en la primera curva y llegaremos antes, pero será al infierno.

Un ruido sordo se dejó oír en la profundidad de las gargantas. Urkakov exclamó:

—¿Qué ha sido eso?

—Un desprendimiento —dijo Luis, de mala gana—. Echan rocas al fondo del desfiladero para obstaculizar la vía. Éste era el plan.

—¿Y el expreso descarrilará?

—Kruger no se arriesgará a que sus armas y municiones resulten deterioradas. Una hoguera advertirá del peligro al maquinista, a distancia suficiente para que detenga el convoy.

—¡Corre! —gritó el coronel al soldado.

—Llegamos a tiempo —añadió Mostaza. Hablaba cansadamente, en un tono apagado, gris. Hasta aquel momento, desde que salieron de la ciudad, no había pronunciado una palabra—. Es mejor que los encontremos a todos abajo, en torno al tren. Atacar desde la carretera será entonces mucho más sencillo.

Digby, en silencio, observaba disimuladamente a Luis. No le gustaba su actitud. Había pasado bruscamente y sin transición, de la

exaltación que demostrara en la hacienda, a un abatimiento absoluto. Desde su breve y difícil despedida de Mara en el Cuartel Central, algo en él había cambiado.

—Mi coronel —dijo en esto el soldado—, estamos entrando... Eh, vea, allí hay hombres... ¡Cuidado!

Sonaron tiros. Los hombres a que se refería el soldado bajaban por la ladera de un monte y, al distinguir la cabeza de la columna, se habían puesto a disparar. Las balas llovieron en torno al *jeep*.

—¡No te detengas! ¡Adelante! —ordenó Urkakov.

El *jeep* prosiguió su avance describiendo un hábil y arriesgado zigzag. La lluvia de balas no cedía.

—Más allá de esa curva aparecerá el desfiladero —anunció Luis.

Así fue. Iluminada no ya por una, sino por una docena de hogueras, la garganta ofrecía una escena llena de animación. El expreso se había detenido ante dos peñascos que interceptaban la vía. Centenares de hombres trajinaban. Junto a los vagones se veían pilas de fusiles y ametralladoras, así como grandes cajones que eran arrastrados con dificultad. Algunos de aquellos hombres, alarmados por los disparos, corrían en aquel momento hacia la carretera.

Urkakov tomó un *walkie-talkie* que llevaba consigo en el coche.

—¡Alto! —ordenó por el micrófono—. ¡A tierra! ¡Despliegue!

Mirando atrás, hacia la porción de columna que distinguía, Digby presenció cómo las órdenes eran ejecutadas. Los vehículos pararon. Los soldados, por pelotones al mando de oficiales subalternos, se desperdigaron en todas direcciones.

Habían llegado a tiempo, efectivamente. El general Cabrera y las fuerzas de la revolución se hallaban cogidos en una trampa. Aquello tenía que ser el fin.

No lo fue.

No lo fue por un error de cálculo. Digby saltó del *jeep* y se procuró una posición resguardada del fuego, en la que le acompañó Mostaza. Mientras se oía al coronel dictar instrucciones por el radioteléfono, los soldados se alinearon dominando el desfiladero y comenzaron a disparar. Los hombres apiñados abajo, una auténtica multitud, recibieron de lleno la granizada. Se alzó un frenético clamor. Algunos reaccionaron y respondieron al fuego con el fuego, otros se parapetaron donde les fue posible, pero una gran masa se dispersó aullando y dejando un nutrido rastro de cuerpos que se

convulsionaban en la agonía. Digby se estremeció al observar que Luis, a su lado, reía a carcajadas. Desde la pared contraria del cañón, y también desde el fondo, los rebeldes pusieron en funcionamiento unas cuantas ametralladoras pesadas. Pero casi enseguida, como si una determinada consigna hubiera circulado, todos los grupos, las líneas, y aun los tiradores aislados, cesaron de disparar. Era algo raro. Digby se negó a creer que, tan pronto, los facciosos se rindiesen sin resistencia.

A los pocos momentos cesó también el fuego de los soldados. Reinó un extraño silencio. Nadie atacó. Nadie hizo nada.

Digby comprendió súbitamente qué era lo que ocurría. El grueso de los efectivos rebeldes se había parapetado detrás del tren, y éste, atestado de pasajeros, ¡levantaba entre ambos bandos una barrera de futuras víctimas inocentes!

Nadie había previsto aquello: Era el error de cálculo.

—Condenados estúpidos —dijo entre dientes Luis Mostaza—. Si dejan escapar esta ocasión, Cabrera recibirá refuerzos a millares. Antes de que amanezca estaremos rodeados por todos los energúmenos del país y seremos pasados a cuchillo irremisiblemente.

—Es una canallada inútil disparar contra el tren —replicó Digby.

Iba a añadir algo, pero se interrumpió. Se oía gritar a alguien en el fondo del desfiladero:

—¡Eh! ¡Eh, vosotros! ¿Quién manda ahí? ¿Es Urkakov?

Detrás de la posición de Digby sonaron pesados pasos. Urkakov apareció y, resoplando, fue a agacharse entre él y Mostaza. Su rostro era una máscara iracunda.

La voz, abajo, seguía llamando:

—¡Eh, Urkakov!

—Mis oficiales aseguran —gruñó el coronel— que no hay forma de desalojar a esa gente, como no sea a fuerza de tiempo. Han emplazado muy bien sus ametralladoras y los vagones metálicos del expreso les brindan una excelente protección.

—¿Ha pensado en los pasajeros? —preguntó Digby.

—Claro que he pensado. Y apuesto a que Cabrera también. Abajo insistían:

—¡Eh! ¡Eh!

—¿Por qué no contesta?

—Sé aproximadamente lo que me van a decir.

Como interpretando su pensamiento, abajo gritaron:

—¡Eh, atención! ¡Hay un montón de personas en el tren! ¡De vosotros depende que vivan o mueran!

—¿Se da cuenta? —masculló Urkakov. Lanzó un colérico resuello y, de súbito, formó bocina con las manos para responder—: ¡Entréguese, Kruger!

—¡Aquí no hay ningún Kruger! —replicó inmediatamente la voz—. De modo que está usted ahí, ¿verdad, Urkakov? ¡Le habla el general Cabrera, maldita hipopótamo! ¡Quiero que sus hombres depongan las armas y formen sin ellas en la carretera! ¡Necesito sus camiones para trasladar mis fuerzas a la capital!

—¡No haga chistes malos!

—No es un chiste malo —dijo quedamente Digby. Miró a Urkakov y vio que sudaba. El coronel murmuró:

—Ya sé que no. Dios, ¡qué inmundicia! No esperaba tanto. Si no cedo a sus pretensiones es muy capaz de asesinar uno por uno a esos infelices. Si cedo...

—Si cede empezará asesinando a los pasajeros, continuará con nosotros y seguirá a través de todo el país. Una revolución no es un juego de niños.

Urkakov pronunció un juramento.

—¿Qué me aconseja?

—Yo no tengo en esto voz ni voto. Soy un extranjero, coronel, no lo olvide. La decisión es demasiada grave para tomarla así como así. Póngase en contacto con el gobierno.

—Sí —dijo el coronel amargamente—, para admitís que he fracasado. Cabrera, desde abajo, volvió a gritar:

—¡Ha perdido el juicio si se niega, Urkakov! ¡Sobre su conciencia caerá el peso de esto!

¡Mire hacia acá!

—Virgen —musitó Urkakov.

De uno de los vagones del expreso, violentamente, como si le hubieran empujado, salió un hombre que cayó al suelo de rodillas. Tras él aparecieron dos más y, literalmente arrojada a través de la portezuela, una mujer que lanzaba histéricos gritos.

El resplandor de las fogatas iluminó cruelmente la escena que siguió. Apenas se levantó del suelo, la mujer, alocada, trató de

emprender la fuga alejándose del convoy. Contagiados del pánico, la imitaron los hombres, pero no dieron sino cinco o seis pasos. Sonó el mortífero ronquido de una metralleta. Los hombres cayeron primero. La mujer semejó durante unos segundos bailar una absurda danza. Después abrió trágicamente los brazos, miró al cielo y se desplomó de bruces.

—Lo ha hecho —dijo roncamente Digby. Urkakov jadeaba.

—Yo no lo aguantaré. No hay tiempo —se oía a los soldados, horrorizados y furiosos por lo que acababan de presenciar, increpar a los rebeldes con los más salvajes epítetos—. Es tarde para consultar con el gobierno, ¡tarde para todo! Asumo la responsabilidad, y que sea lo que Dios quiera.

—¡Urkakov! ¿Va a plegarse a la voluntad de esos asesinos?

—¡Sí, Dios me perdone!

Digby se encogió de hombros. Sabía que él nada podía hacer.

—¡Ahí van cuatro más! —anunciaron abajo.

—¡Basta! —rugió el coronel—. ¡Envíe un piquete a recoger las armas y suba cuando guste a por los camiones! ¡Basta ya!

Le respondió una carcajada triunfal. Digby preguntó de pronto:

—¿Dónde está Luis Mostaza?

Urkakov, sofocado, temblando de vergüenza y de emoción, no pareció ni siquiera oírle.

—¡Le digo que dónde está Mostaza!

—¿Eh?

—Hace un momento le tenía usted a su lado. ¿Dónde está?

—¡Yo qué cuerno sé! ¡Maldito Mostaza y malditos todos! ¡Ha sido él quien me ha metido en esto!

Digby calló. En los últimos instantes, Luis se había escabullido al amparo de las sombras. Esto podía significar muchas cosas. O nada.

No se movió de la posición, en tanto el coronel retrocedía para dar a sus hombres, algunos de los cuales, indignados por el asesinato de los cuatro pasajeros, habían reanudado el fuego, la humillante orden de entregar las armas. No se movió porque quería ver lo que pasaba abajo. Luis había desaparecido y podían pasar muchas cosas.

O nada.

Pero pasaron.

Al otro lado del tren, entre unas rocas que le resguardaban de

las balas sin impedirle apreciar el conjunto de la situación, Pablo Kruger gozaba del placer anticipado de la victoria. Benito y los jefes de las tres más importantes partidas que habían acudido a su señal le rodeaban. Charlaban entre sí y estaban dando tiempo a los soldados para que cumpliesen en la carretera las condiciones de la rendición. Era un grande, un sublime momento para la revolución recién nacida.

En aquel grande y sublime momento, Kruger oyó que un vocerío estallaba entre sus partidarios. Hubo tiros. Salió de entre las rocas, para averiguar qué sucedía, y entonces vio a un hombre, un hombre sólo vestido de blanco, que avanzaba corriendo a lo largo de la franja arenosa, paralelamente a la línea del ferrocarril.

Benito exclamó:

—¿Quién es ése? ¿Un loco? Kruger repuso:

—Un resucitado.

Había reconocido en el pretendido loco a un hombre de quien todos le dijeron que estaba muerto: Su exlugarteniente Luis Mostaza.

Con los dientes apretados como si no necesitara respirar, Luis corría hacia la muerte. Vio a Kruger con su uniforme blanco y oro, y verlo le produjo el efecto de un espolonazo. No veía, no oía ni sentía nada más. Iba a vengar la muerte de su padre, el daño irreparable causado a su familia y, sobre todo, el daño irreparable causado a su propia alma por la ruina de sus ideales juveniles. Tenía una sola idea, un solo aliento, un solo propósito: ¡matar!

Cien metros le separaban de Kruger.

Desde el tren y desde las alturas, los rebeldes disparaban sus armas. La silueta de Luis iba dibujándose milagrosamente entre un mar de salpicaduras de arena. Infinidad de puntos de mira le buscaban y creían hallarle, pero él continuaba ileso.

Benito hizo acción de desenfundar su pistola. Kruger le contuvo.

—Déjalo. Me gusta verle correr. Cuarenta metros.

—¡Pero si está armado con una metralleta!

—Déjalo. Ya caerá.

—Treinta metros.

El cuerpo de Luis se estremeció, alcanzado al fin por una bala. Su traje blanco empezó a teñirse de rojo.

Y sin embargo no se detuvo.

Los disparos arreciaron. Las manchitas rojas se multiplicaron en el blanco de la tela del traje. Luis trastabilló.

Era imposible que un hombre, acribillado como él, se mantuviera en pie. Dio unos pasos más a trompicones. Le pareció que se quedaba ciego. La figura de Kruger, allí, delante, ¡tan cerca!, se hizo borrosa y empezó a girar. Todo empezó a girar.

Luis cayó de rodillas. El fin. Un fin miserable, sin objeto. Estaba cosido a balazos.

Su cuerpo se dobló lentamente, y lo increíble se produjo entonces. La metralleta escupió un chorro de balas. Lo iba escupiendo mientras Luis caía, despacio, como atraído por aquella tierra que le había hecha vivir y morir. Lo iba escupiendo hacia la blanca y dorada figura de Kruger.

El dedo del muchacho estaba curvado aún sobre el gatillo cuando se agotó el cargador.

Antes de que éste se agotara era ya el dedo de un muerto.

Pablo Kruger se irguió en un gesto de infinita angustia. Su sorpresa era inmensa, porque un muerto la estaba matando. Se llevó ambas manos al pecho taladrado por las halas, y sus cuatro acongojados lugartenientes corrieron a sostenerle. Era tonto que corrieran: ya no sostuvieron sino un cadáver.

Arriba, en la carretera. Digby Owen lo había presenciado todo.

—¡Urkakov! —gritó triunfalmente—. ¡Lance sus hombres al ataque! ¡Es el momento!

¡Kruger ha muerto y los rebeldes no tienen dirección!

Instantes después, los soldados, enardecidos, codiciosos, ansiosos de lavar la afrenta que estuvieron a punto de sufrir, perseguían garganta abajo a lo que ya no era sino una banda de desharrapados ululantes incapaces siquiera de escapar.

Muchos pies, pies de fugitivos, pies de triunfadores, pisotearon sin dedicarle una mirada el cuerpo del general Cabrera, vestido con su uniforme blanco y oro. Era como si pisotearan la abortada revolución.

CAPÍTULO XVII

En los camiones, los soldados cantaban a coro, alegremente:

*Cha cha cha, papito, dímelo. Cha, papito.
Papito, cha cha cha.*

El jeep que encabezaba la columna no llevaba sino dos pasajeros: Digby Owen y el coronel Urkakov. Los faros iluminaban ahora confiadamente la sinuosa carretera. De los bosques, de la manigua que se extendía a derecha e izquierda, se alzaba el efluvio perfumado de la noche tropical. En lo alto brillaban estrellas enormes.

—Será duro para la chica —dijo el coronel—. Pero Luís ha muerto peleando, y el gobierno no lo olvidará. Yo cuidaré de hacer saber que a él se lo debemos todo.

«A él no —pensó Digby—: a la borrachera de la muerte, que sólo se cura con la muerte. Luís, simplemente, se ha curado».

—Mara va a tener muchas otras cosas en que ocuparse —repuso—. Esto la ayudará, digo yo.

—¿Qué clase de cosas?

Los soldados se divertían con el tonto sonsonete:

Cha, papito. Papito, cha cha cha.

Digby cerró los ojos y volvió a ver mentalmente algo maravilloso que había ocurrido en un taxi, algo estaba ocurriendo cuando, horas antes, el taxi se Retuvo ante el Hotel Internacional.

Luego miró a Urkakov y respondió:
—Su boda, por ejemplo.

FIN



Jorge o Jordi Gubern i Ribalta fue un novelista y técnico editorial español (Barcelona, 1924-1996).

Usó seudónimos como Bruno Shalter, Esteban Díez, Mark Halloran, Noel Gubre, Pedro Lanuza y William O'Connor.

Era primo de Roman Gubern.

Jorge Gubern Ribalta escribió novelas populares desde los años cuarenta, destacando su personaje Mike Palabras.

Ocupó luego posiciones en el equipo de redacción de editorial Bruguera, convirtiéndose en director de «Gran Pulgarcito» (1970), «Lily» (1970) y «Super DDT» (1973).